

«Acoger y transmitir la Palabra de Dios»

**Carta Pastoral de los Obispos de Pamplona y Tudela,
Bilbao, San Sebastián y Vitoria**

CUARESMA-PASCUA 2009

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

1. El contenido específico de nuestra conversión (n. 1)
2. Aperturas y opacidades ante la Palabra de Dios (n. 2)
3. La intención de esta Carta Pastoral (n. 3)
4. La Carta paso a paso (n. 4)

**I. DIOS BUSCA COMUNICARSE CON NOSOTROS
POR JESUCRISTO**

1. Un luminoso y reconfortante cambio de perspectiva (n. 5)
2. Jesucristo, presente en la Palabra de Dios (n. 6)
 - 2.1. *La Palabra de Dios en el seno de la Trinidad*
 - 2.2. *La Palabra de Dios en los profetas* (n. 7)
 - 2.3. *La Palabra de Dios se hizo carne* (n. 8)
 - 2.4. *La Palabra de Dios en la predicación de los Apóstoles* (n. 9)
 - 2.5. *La Palabra de Dios en la Escritura* (n. 10)
 - 2.6. *La Palabra de Dios en la predicación de la Iglesia* (n. 11)

II. LA PALABRA DE DIOS ES VIVA: EFICAZ Y ACTUAL

1. Palabra eficaz (nn. 13-14)
2. Palabra actual (n. 15)
3. Palabra de Dios y palabra humana (n. 16)

**III. EL ÍNTIMO PARENTESCO ENTRE PALABRA, ESPÍRITU,
EUCARISTÍA, IGLESIA**

1. Palabra y Espíritu (nn. 17-18)
2. Palabra y Eucaristía (nn. 19-20)

3. Palabra e Iglesia (n. 21)
 - 3.1. *La Iglesia nace y vive de la Palabra de Dios*
 - 3.2. *La Palabra de Dios sostiene a la Iglesia a lo largo de la historia*
 - 3.3. *La Palabra de Dios penetra y anima, con la potencia del Espíritu Santo, toda la vida de la Iglesia*
 - 3.4. *Para un mayor arraigo de la Palabra en la Iglesia* (n. 22)

IV. DISCÍPULOS Y TESTIGOS DE LA PALABRA DE DIOS

1. Discípulos de la Palabra (nn. 23-24)
2. Testigos de la Palabra (n. 25)
3. Discípulos y testigos como María (n. 26)

V. ACTITUDES AUTÉNTICAS E INAPROPIADAS ANTE LA PALABRA DE DIOS

1. Actitudes auténticas (n. 27)
 - 1.1. *Reconocimiento y escucha*
 - 1.2. *Agradecimiento* (n. 28)
 - 1.3. *Acogida incondicional* (n. 29)
 - 1.4. *Consciencia atenta* (n. 30)
 - 1.5. *Confianza* (n. 31)
 - 1.6. *Admiración sobrecogida* (n. 32)
 - 1.7. *Compromiso* (n. 33)
2. Actitudes inapropiadas (n. 34)
 - 2.1. *La lectura fundamentalista*
 - 2.2. *El historicismo crítico* (n. 35)
 - 2.3. *La lectura legitimadora y reductora* (n. 36)
 - 2.4. *La lectura ideológica* (n. 37)
 - 2.5. *La lectura moralista* (n. 38)
 - 2.6. *La lectura espiritualista* (n. 39)
 - 2.7. *Desconocimiento y apatía* (n. 40)
 - 2.8. *Incoherencia entre palabra y vida* (n. 41)

VI. PARA ADENTRARNOS EN LA PALABRA DE DIOS: LA «LECTIO DIVINA»

1. La gestación y alumbramiento de la «lectio divina» (nn. 42-44)
2. Las claves de la «lectio divina» (n. 45)
 - 2.1. *Una lectura respetuosa de los textos*
 - 2.2. *Acceder al texto desde la vida y para la vida* (n. 46)
 - 2.3. *Compartir la Palabra de Dios en la comunidad orante y presidida* (n. 47)
 - 2.4. *A la luz de la Pascua del Señor* (n. 48)
3. Los pasos de la «lectio divina» (n. 49)
 - 3.1. *La lectura y relectura del texto*
 - 3.2. *La meditación*
 - 3.3. *La oración*

- 3.4. *La contemplación*
- 3.5. *El compromiso*
- 3.6. *El diálogo*
- 4. Los efectos de la «lectio divina» (n. 50)

VII. UN MENSAJE A LA COMUNIDAD CRISTIANA Y A SUS DIFERENTES MIEMBROS

- 1. Un mensaje para todos (n. 51)
- 2. A los laicos (n. 52)
 - 2.1. *A los catequistas y profesores de Religión* (n. 53)
 - 2.2. *A los lectores de la Palabra en la liturgia* (n. 54)
 - 2.3. *A los animadores de las celebraciones en ausencia de presbítero* (n. 55)
 - 2.4. *A los monitores de la lectura creyente de la Palabra* (n. 56)
 - 2.5. *A los padres de familia* (n. 57)
 - 2.6. *A los creyentes de los medios de comunicación social* (n. 58)
- 3. A los profesores de exégesis y teología (n. 59)
- 4. A los religiosos (n. 60)
- 5. A los presbíteros y diáconos (n. 61)
- 6. A nosotros, los obispos (n. 62)

CONCLUSIÓN (n. 63)

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, Miércoles de Ceniza, inaugura la Iglesia un itinerario espiritual que tiene como centro y como meta la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Durante los cuarenta días precedentes (la Cuaresma), la comunidad cristiana, movida por el Espíritu, va madurando su conversión principalmente mediante la escucha de la Palabra de Dios, la celebración del sacramento de la Reconciliación y la actualización de la Eucaristía. Bajo la acción del mismo Espíritu, contribuye también ella a esta conversión con la oración, la austeridad y el ejercicio de la misericordia. Así responde a la apremiante invitación de Jesús: «*El tiempo se ha cumplido. El Reino de Dios está llegando. Convertíos y creed en el Evangelio*» (Mc 1, 15).

Llegados a la cima de la Pascua, la liturgia de la Iglesia se explayará durante cincuenta días más para desvelarnos las riquezas de la Resurrección del Señor y ayudarnos a vivir con mayor plenitud una vida auténticamente pascual.

Nuestra Carta Pastoral quiere contribuir a este noble propósito. Se propone acompañarnos especialmente en este tiempo singular que discurre entre el Miércoles de Ceniza, punto de partida, y Pentecostés, último capítulo de la Pascua.

1. El contenido específico de nuestra conversión

1. Cada Cuaresma y cada Pascua imprimen a nuestra conversión un acento particular, propiciado por las circunstancias eclesiales y sociales que afectan especialmente nuestra vida. El último Sínodo, celebrado a lo largo del mes de octubre pasado, nos ha recordado con energía e insistencia que la Palabra de Dios ha de ocupar un lugar central en la vida y actividad de la comunidad eclesial, y debe jugar un papel decisivo en la espiritualidad de todos los cristianos. Es evidente la distancia entre estos postulados y nuestra temperatura espiritual. Este contraste nos descubre un exigente surco de conversión.

Celebramos, con todas las comunidades católicas del mundo, el Año de San Pablo, luminoso y ardiente «testigo de la Palabra de Dios y maestro de la Iglesia».¹ Aquel a quien la Palabra de Jesús derribó en el camino de Damasco, convirtió en discípulo y transformó en apóstol infatigable (cfr. Hch 22,7-8), constituye un ejemplo sumamente valioso para que acojamos devotamente y ofrezcamos confiadamente la Palabra. Lamentablemente, la escucha religiosa y

¹ Sínodo de los Obispos 2008 sobre «La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia», *Instrumentum laboris*, n. 2.

la proclamación confiada del Evangelio, recomendadas por el Concilio (cfr. *Dei Verbum*, n. 1), encuentran entre los cristianos dificultades y reticencias. El Año Paulino es también un estímulo para convertirnos de estas actitudes deficitarias.

Pero tenemos todavía una razón más fundamental que estas dos importantes circunstancias eclesiales. Nuestra fe afirma con toda verdad que la Palabra de Dios es siempre fuente excepcional de nuestra conversión personal y de la renovación evangélica de la Iglesia y vía de contacto con muchas personas y grupos alejados de la fe y de la comunidad cristiana. «La fuerza sanadora de la Palabra de Dios es una llamada viva a una constante conversión personal».² Es, pues, sumamente apropiado que, en el inicio de este tiempo de gracia, sea la Palabra el centro de nuestra reflexión creyente.

Si ensanchamos además nuestra mirada a la sociedad, la anemia espiritual de nuestro tiempo, registrada por muchos analistas sociales y simultáneamente «la difusa exigencia de espiritualidad que... se manifiesta en una renovada necesidad de oración»,³ han de suscitar en la comunidad cristiana la urgencia por ofrecer a sus conciudadanos el alimento vigoroso de la Palabra y la referencia neta del Evangelio. Esta misión reclama un entusiasmo por la Palabra de Dios y un coraje para transmitirla que distan mucho de ser patrimonio compartido por nuestras concretas comunidades cristianas.

2. Aperturas y opacidades ante la Palabra de Dios

2. Pero, ¿interesa de verdad esta Palabra a nuestro mundo? Bastantes indicadores sugieren espontáneamente la respuesta negativa. En el amplio espacio de la fe desvanecida o fenecida, la Palabra de Dios es valorada como un residuo anacrónico, «una de las últimas ideologías que se resiste a morir».⁴ En una cultura en la que el hombre, seducido por sus propios logros increíbles, tiende a considerarse como único protagonista de su propia salvación, el ofrecimiento de la Palabra trascendente que se presenta como revelación del rostro de Dios y salvación radical del hombre está de antemano abocado a ser rechazado. En una civilización rigurosamente crítica, esta Palabra tiende a considerarse como un producto mítico gestado hace miles de años en un medio muy distante de la sensibilidad, las preocupaciones y las preguntas de nuestro tiempo.

En contraste con este panorama, la Palabra de Dios experimenta hoy en el mundo, según los expertos, un amanecer único en la historia. El acercamiento a la Palabra de Dios escrita no es un fenómeno que se circunscribe a un área cultural. Ha ido surgiendo casi al mismo tiempo y de forma autónoma en varios continentes. La lectura y meditación de la Escritura está siendo fuente de renovación cristiana y de expansión de la Iglesia. Se cumple la vieja profecía de Amós (8,1): «*Habrà hambre no de pan ni de agua, sino de oír la palabra del Señor*».

² Sínodo de los Obispos 2008, proposición 8ª.

³ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, n. 33.

⁴ E. SALMANN, *La palabra partida*, PPC, Madrid 2006, pp. 9-12.

Todavía las metas propuestas por el Vaticano II quedan lejos. La Escritura no es aún, en la medida deseable, el alma de la teología ni la inspiradora de toda la existencia cristiana.⁵ Pero los avances realizados en los estudios bíblicos y teológicos y en los planteamientos catequéticos, el relieve alcanzado por la proclamación de la Palabra en la Liturgia, las Escuelas de Formación escriturística, las cuidadas traducciones de la Biblia, las Semanas y Jornadas bíblicas, la inmensidad de los materiales de apoyo publicados y, sobre todo, el auge y la extensión casi universal en la Iglesia de la lectura creyente y orante de la Biblia, ofrecen un panorama sorprendente y esperanzador. La Palabra de Dios se revela como dotada de un frescor y un vigor que no posee ninguna palabra humana. Felizmente, la Palabra de Dios es hoy entregada, en vivo y en directo, al pueblo cristiano con mayor intensidad que en tiempos pasados. La gente sencilla y pobre no sólo la acoge con alegría y esperanza sino que la comprende con especial profundidad. «Hay que alegrarse de ver que gente humilde y pobre toma la Biblia en sus manos y puede aportar a su interpretación y actualización una luz más penetrante, desde el punto de vista espiritual y existencial, que la que le viene de una ciencia segura de sí misma».⁶ Se cumplen aquí, de manera particularmente incisiva, las palabras de Jesús: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los sencillos» (Mt 11,25).

La apertura hacia la Biblia no es un fenómeno puramente eclesial. Extensos continentes culturales como la India y el Extremo Oriente, hasta hace pocos años casi impermeables al cristianismo, se sienten atraídos por la Palabra contenida en la Escritura. Resulta confortador que, mientras el sol de la fe parece ocultarse en Occidente, vuelve a renacer en Oriente.

Pero algo sucede también en Occidente. Precisamente en algunos países, al parecer más desertizados, registramos la emergencia de grupos minoritarios que, insatisfechos con los sentidos parciales que encuentran o persiguen en su vida, anhelan un sentido más profundamente motivador y lo buscan con frecuencia en la Religión. El encuentro con la Biblia, cuando es orientado pedagógicamente, les resulta un verdadero descubrimiento y les abre el acceso a la noble y limpia figura de Jesús y a la fe en Él. Todo hace pensar que este fenómeno, aún bastante incipiente entre nosotros, va a cobrar en un futuro próximo un gran relieve.

3. La intención de esta Carta Pastoral

3. Es preciso reconocer que este renacer bíblico no afecta ni mucho menos a la totalidad del pueblo de Dios. La gran mayoría de la comunidad cristiana tiene un conocimiento muy rudimentario de lo que es y lo que dice y hace la Palabra de Dios. Tal desconocimiento origina una muy débil adhesión. El 50% de las familias españolas tienen una Biblia en su casa. Sólo un 2% la utilizan para una lectura asidua. Si la Palabra de Dios es tan necesaria para la fe, no hay tarea más

⁵ Cfr. JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, n. 36.

⁶ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, IV, C. 3.

importante ni más urgente para la Iglesia que promover su conocimiento cabal y su aprecio real. Aprender a leer la Biblia, a descubrir su sentido original y actual, a orar con ella, a extraer de su texto consecuencias para nuestro comportamiento es algo más que una de las posibles iniciativas que merecen un intenso cultivo. «Una espiritualidad cristiana no basada en la Escritura, difícilmente podrá sobrevivir en un mundo complejo, difícil, fragmentado y desorientado como el moderno» (card. Martini).

La presente Carta Pastoral pretende abrirnos el camino hacia el conocimiento, la valoración y el uso de la Palabra de Dios, a la espera de la Exhortación Postsinodal, más autorizada y más completa, del Papa Benedicto XVI. Para cumplir este cometido, nos proponemos proceder por los pasos siguientes.

4. La Carta paso a paso

4. Antes que un elenco de verdades o un directorio para nuestra conducta moral, la Palabra es expresión del amor de un Dios que quiere abrirnos su corazón, mostrarnos su rostro paternal, revelarnos su proyecto salvador, suscitar nuestra fe, provocar nuestra conversión, buscar nuestra adhesión, liberarnos de nuestras esclavitudes. Desvelar este trasfondo profundamente alentador ocupará las primeras páginas de nuestra Carta.

La Palabra de Dios no es una melodía simple, sino un canto coral. En este canto, la melodía principal es Jesucristo. Desgranar las diversas voces de este canto (es decir, sus diferentes acepciones) y subrayar su orientación a Cristo constituirá el segundo paso de nuestro itinerario.

Por ser de Dios, la Palabra proclamada o escrita reviste unas cualidades altamente saludables para los creyentes: su eficacia y su actualidad. Describiremos estas cualidades en el tramo siguiente de nuestra exposición. Por ser también palabra humana, refleja las condiciones culturales del tiempo en que fue escrita y las características personales de sus autores.

La Palabra, el Espíritu, la Iglesia y la Eucaristía, están íntimamente ligados entre sí. Descubrir este vínculo será cometido de las páginas subsiguientes.

Ser discípulos que acogen la Palabra y testigos que la transmiten constituye la vocación de todos los cristianos. Procuraremos desvelar las implicaciones prácticas de esta doble condición. María será, para esta reflexión, modelo precioso y amable.

Acoger religiosamente y proclamar confiadamente la Palabra de Dios reclama de los creyentes unas actitudes que procuraremos identificar en las páginas ulteriores.

No es infrecuente toda una patología en la escucha y transmisión de la Palabra. Procuraremos, a continuación, identificarla con claridad, para no incurrir en ninguna de sus expresiones.

Juan Pablo II y Benedicto XVI han recomendado vivamente la lectura creyente y orante de la Escritura como alimento de nuestra fe y fuente de renovación eclesial. ¿Cómo robustecer y orientar en nuestras diócesis esta práctica que ha tenido durante muchos siglos tanta solera en la Iglesia? Ofreceremos en su momento unas sencillas indicaciones.

El momento de la comunidad cristiana y la peculiar situación y responsabilidad eclesial y social de los diferentes grupos que la conforman, reclaman algunas sugerencias que iluminen y motiven la asimilación de la Palabra de Dios y su específico servicio a ella. Con ellas daremos término a nuestra reflexión.

I.– DIOS BUSCA COMUNICARSE CON NOSOTROS POR JESUCRISTO

1. Un luminoso y reconfortante cambio de perspectiva

5. Los cristianos agradecemos de corazón la Revelación de Dios. Pero durante mucho tiempo hemos mantenido una idea limitada de esta Revelación. La concebíamos simplemente como un elenco de verdades y de preceptos que Dios había querido transmitirnos para nuestra salvación. La Escritura era el libro que, inspirado por el Espíritu Santo, consignaba fielmente estas verdades y preceptos.

El Concilio Vaticano II, recogiendo el sentir de los Padres de la antigüedad cristiana, ha ensanchado notablemente este concepto de la Revelación y, con ello, nos ha ensanchado el alma a los creyentes.

Sin dejar de reconocer que Dios nos ha revelado verdades y preceptos para nuestra salvación, hemos aprendido que, ante todo, Él nos revela su Rostro y su Proyecto salvador no sólo a través de palabras, sino también de acontecimientos salvadores. Palabras y acontecimientos constituyen la Revelación. «El designio divino de la Revelación se realiza a la vez mediante acciones y palabras íntimamente ligadas entre sí, que se esclarecen mutuamente».⁷

Pero con ser importante, no es éste el cambio de perspectiva decisivo. El Concilio tuvo deliberada intención de presentarnos la Revelación como una manifestación y comunicación que Dios nos hace *de sí mismo*, inspirado por su *amor* a la humanidad. «Por esta revelación, Dios invisible, movido por su gran amor, habla a los hombres como a amigos y habita con ellos para invitarles a comunicarse con él y recibirles en su compañía» (*Dei Verbum*, n. 2). La Revelación tiene pues «estructura dialogal y resonancia personalista».⁸ Al revelarse Dios ha pretendido ante todo abrirnos su corazón, ofrecernos su amistad, invitarnos a compartir con Él su misma vida, y responderle con nuestra fe y nuestra conversión.

Esta intención divina resplandece en el vocabulario mismo del escrito específico del Concilio sobre la Revelación (*Dei Verbum*). Los términos escogidos para este fin (palabra, conversación, diálogo, comunicación, participación, amistad), impregnan sus páginas, también cuando nos habla de la Biblia, expresión escrita de la Revelación. «En los sagrados libros, el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos» (*Dei Verbum*, n. 21). «La Escritura es la Carta que Dios ha enviado a los hombres» (San Gregorio Magno). Una carta de amor.

Llevados de un escepticismo, que erróneamente identificamos con el realismo, tendemos a ver a Dios tan lejos y a concebirle tan mudo que llegamos a

⁷ *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 53.

⁸ R. BLÁZQUEZ, *De muchas maneras habló Dios en la historia*, Conferencia en Santiago de Compostela (3-IX-2008), p. 4.

preguntarnos si es posible que Dios nos hable y lo haga movido por su amor. Ahora sabemos que es no sólo posible, sino real. Él está cerca; no puede abandonar la obra de sus manos. «Quiere encontrarse con los seres humanos y ser buscado por ellos. Desea aquello que es lo más personal y lo más humano: amar y ser amado».⁹

Conocemos el impacto decisivo que tuvo en la conversión de San Agustín la escucha de las palabras de Rm 13,11-14. Más tarde describirá de manera inigualable lo que vivió en aquellos momentos: «Tú estabas dentro de mí; era yo quien estaba fuera de mí mismo. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo... Me llamaste y me gritaste y venciste mi sordera; me tocaste y ardí en amor a ti».¹⁰

El teólogo luterano D. Bonhoeffer reconoce en una de sus cartas que, a pesar de llevar sobre sí una gran experiencia de predicador y de pastor, no se convirtió hasta que, en contacto con el Sermón de la Montaña, percibió que la Palabra que predicaba no era un mensaje *sobre* Dios sino una Palabra *de* Dios dirigida *a él*. A partir de ahí comenzó a orar intensamente. «Entonces comencé a ser cristiano».¹¹

La experiencia de Bonhoeffer se ha sucedido muchas veces a lo largo de la historia.

Muchos conocemos a personas que están buscando la verdad, el bien, la justicia, Dios. Cuando estas personas, en contacto con unas palabras de la Biblia, encuentran aquello que buscan, albergan la profunda convicción de que «han sido encontrados». El hallazgo no ha sido fruto de su búsqueda, sino un regalo de Dios. Y a Él se entregan en la fe.

2. Jesucristo, presente en la Palabra de Dios

6. «Jesucristo está presente en la Palabra, pues cuando se proclaman las Escrituras es Él quien habla» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 7).

Para comprender esta afirmación teológicamente densa y espiritualmente rica, es preciso que detengamos nuestra mirada en los diversos significados de la expresión «Palabra de Dios».

2.1. La Palabra de Dios en el seno de la Trinidad

El Hijo es, en la Trinidad, la Palabra eterna del Padre. Una Palabra personal y divina, inefable y fidelísimo reflejo del Padre. «*En el principio ya existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios*» (Jn 1,1). Desde

⁹ *Rencontrer Dieu dans sa Parole*, Declaración de los Obispos belgas (Bruselas 2008), Ed. Licarp, p. 15.

¹⁰ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, X.

¹¹ D. BONHOEFFER, Carta a Elisabeth Zin (enero 1936), citado en *Rencontrer...*, p. 5.

el seno de la Trinidad, esta Palabra participa con el Padre y el Espíritu en la creación del mundo y del hombre. «*Todo fue hecho por ella y sin ella no se hizo nada de lo que llegó a existir*» (Jn 1,3). El mundo es, pues, creado por la Palabra de Dios como escenario de la historia de la salvación y el ser humano es creado con especial amor por esa misma Palabra para ser su interlocutor, confidente y colaborador.

2.2. La Palabra de Dios en los profetas

7. Tras haber creado la humanidad y la diversidad de sus culturas, Dios prepara un pueblo para que sea cuna del Mesías, su Hijo y su Palabra. Suscita en su seno a los profetas que, movidos por ella, hablan en nombre de Dios, desvelan valerosamente los desvaríos de su pueblo tentado por la idolatría, la insolidaridad, el formalismo religioso y el desenfreno, lo consuelan de parte de Jahvé en los momentos de máximo aprieto y sufrimiento y regeneran su esperanza abriéndole horizontes de futura salvación y despertando la espera del Mesías. En la palabra de estos profetas está presente y activa la Palabra de Dios. Es Palabra de Dios en palabras humanas, que reflejan las aptitudes naturales y las limitaciones personales y culturales de los llamados a este servicio.

2.3. La Palabra de Dios se hizo carne

8. He aquí el momento decisivo de la historia de nuestra salvación cuyos pasos principales estamos apuntando. En vez de confinarse en el océano de plenitud y de dicha de la vida trinitaria, el Hijo de Dios, la Palabra, enviada por el Padre y el Espíritu, quiere compartir, por amor, nuestra condición humana. «*La Palabra se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros*» (Jn 1,14).

Este hombre, Jesús, es Palabra de Dios de un modo único e irrepetible. Dios no sólo está presente en Él. Él es el Hijo de Dios encarnado. En Él, Dios se nos ha revelado «de cuerpo entero». Él es la Palabra plena y definitiva. «Porque, en darnos como nos dio a su Hijo, que es Palabra suya que no tiene otra, todas las habló junto y de una vez en esta sola Palabra y no tiene más que hablar» (San Juan de la Cruz).

Toda su vida, desde su concepción en el seno de María hasta la efusión pascual del Espíritu Santo a los Apóstoles (Jn 20,19-22), es Palabra de Dios. Por ella nos dice quién es Dios, su Padre: misericordia, fidelidad, amor. Por ella nos muestra lo que quiere ser para los humanos: Padre que ama, hermano que acoge, amigo que comparte en su Hijo la condición humana para hacernos partícipes de su condición divina.

Jesús es Palabra con plena autoridad. A Él no «viene» la Palabra de Dios como a los profetas o al mismo Bautista. Él es la Palabra de Dios. De Él brotan palabras y gestos que sanan, perdonan los pecados, confortan y consuelan, interpelan y avisan, convierten, defienden a los débiles, se enfrentan con los opresores. Estas palabras no son acogidas por los que «*no le recibieron*» (Jn 1,11), le condujeron a la Pasión y a la Muerte. El Padre lo resucitó y lo hizo Señor de todo y de todos.

2.4. La Palabra de Dios en la predicación de los Apóstoles

9. Tras los acontecimientos del Triduo Pascual y con la creación de la primitiva comunidad cristiana, Jesucristo transfiere su Palabra salvadora a los Apóstoles. No sólo les encarga ser «repetidores» de su Palabra, sino testigos y servidores. Jesucristo ha querido que su predicación sea en sentido análogo, pero verdadero, Palabra de Dios. Él ha prometido estar personalmente presente en la palabra de los Apóstoles. «*El que os recibe a vosotros, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe a Aquél que me envió*» (Mt 10,40). Jesús les ha prometido, asimismo, que su Espíritu estaría con ellos a la hora de dar testimonio de Él (Mc 13,11). Esta doble promesa garantiza que la palabra apostólica es palabra del mismo Cristo.

2.5. La Palabra de Dios en la Escritura

10. Ya algunos profetas plasmaron por escrito su palabra. Si no hubieran tomado esta previsión, hoy no nos hubiera quedado apenas nada de su rico mensaje. En el Nuevo Testamento pronto surgió la necesidad de consignar por escrito la vida, los actos, las palabras, la Muerte, la Resurrección del Señor. Lucas, «*después de haber investigado cuidadosamente*», se propone «*escribir una exposición ordenada*» para que las generaciones sucesivas lleguen «*a comprender la autenticidad de las enseñanzas recibidas*» (Lc 1,1-4). La misma necesidad les condujo a plasmar por escrito sus enseñanzas a los Apóstoles e inmediatos colaboradores.

Plasmar por escrito la Palabra de Dios anunciada por los profetas, ofrecida por Jesús y predicada por los Apóstoles no fue una simple iniciativa pragmática orientada a consignarla con mayor precisión y a facilitar su transmisión. Fue una gran iniciativa del Espíritu Santo. Asistida por Él, la Iglesia supo entrar en el río de la Tradición y discernir y aceptar aquellos escritos inspirados por este Espíritu. De esa Palabra escrita se nutre principalmente la fe de la Iglesia. «El Espíritu ha querido de esta manera asegurar a la Palabra inspirada por Dios mismo una forma de continuidad más estable y de conservación más fiel».¹² La Revelación de Dios fluye a nosotros de la Tradición viva y de la Escritura que nació en su seno. Ambas merecen de nosotros igual veneración. Pero el papel real que, apoyada en la Tradición, la Escritura juega en la vida de la Iglesia, es excepcional.

«Toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura... Ella constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual» (*Dei Verbum*, n. 21). La Biblia tiene el aval incomparable de estar inspirada por el Espíritu Santo, que es su verdadero autor.

Con todo, la Escritura necesita de la Tradición viva en la que tiene su origen y con la cual mantiene una estrecha vinculación. Esta Tradición, procedente de los Apóstoles, enriquecida por lo que la Iglesia es, dice y cree, y decantada

¹² Card. MARTINI, Carta Pastoral *In principio la Parola*, Centro Ambrosiano, Documentazione Studi Religiosi, Milán 1981, p. 45.

cuidadosamente por la asistencia del Espíritu Santo, es una garantía necesaria para una genuina interpretación de la Escritura. La decantación realizada por el Espíritu discierne la verdadera Tradición de otras tradiciones eclesiales que pueden ser marginales e incluso contrarias a aquella.¹³

Es tal la dignidad de la Escritura a los ojos de la Iglesia que ésta, siguiendo la senda de Padres de la Iglesia, descubre en ella una analogía entre la Palabra de Dios plasmada en la Escritura y la Palabra de Dios encarnada en el seno de María. El texto bíblico sería como el cuerpo literario de la Palabra de Dios encarnada. «La palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano como la Palabra del Eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres» (*Dei Verbum*, n. 12).

No contienen, pues, exageración alguna las palabras que en el s. III escribía Orígenes: «Sé bien con qué precaución respetuosa guardáis el Cuerpo del Señor cuando os es confiado, no sea que se os caiga alguna parte de él. Si cuando se trata de su Cuerpo tomáis razonablemente tanta precaución, ¿pensáis que la negligencia de la Palabra de Dios merece una reprensión menor que la de su Cuerpo?». ¹⁴ Verdaderamente nos admiran y nos confortan las palabras iniciales de *Dei Verbum*, n. 21: «La Iglesia ha venerado siempre la Sagrada Escritura como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo».

2.6. La Palabra de Dios en la predicación de la Iglesia

11. El recorrido de la Palabra por la historia no se congela con la transcripción escrita de la Palabra de Dios. La Iglesia sigue escuchándola y proclamándola a lo largo de los siglos y a lo ancho del mundo. La Palabra continúa su curso en la predicación viva, que se realiza de muchas maneras entre las que sobresalen el anuncio, la catequesis y la homilía en la celebración litúrgica. El encargo y la promesa de la presencia de Cristo y de la acción de su Espíritu siguen vigentes. La promesa de Jesús y la acción de su Espíritu nos autorizan a denominar la predicación de la Iglesia como Palabra de Dios en sentido verdadero y propio, aunque análogo, con tal que tenga a la Escritura como su alma, su regla y su alimento y esté en sintonía con la fe de la Iglesia. Nos sorprende e incluso nos espanta esta verdad, que reclama de la predicación de la Iglesia y de sus ministros tanta responsabilidad.

12. A la luz de esta reflexión podemos tal vez comprender mejor el enunciado que encabeza este apartado:

- Jesucristo está presente en la Palabra porque toda ella habla de Él. El Antiguo Testamento está surcado por la espera del Mesías. Los mismos autores del Nuevo Testamento entendieron que la clave para comprender el Antiguo Testamento era Cristo. El Antiguo Testamento, inspirado por el Espíritu Santo y venerado como tal por la Iglesia desde sus

¹³ Cfr. Card. KASPER, *Escuchar la Palabra de Dios con devoción y proclamarla con valentía. La Constitución dogmática 'Dei Verbum' sobre la Revelación*, Federación Bíblica Católica, p. 7.

¹⁴ ORÍGENES, *In Exodum*, Homilía 13, 3.

orígenes, cobra pleno sentido a la luz del Nuevo Testamento. Y el Nuevo Testamento entero tiene como eje y quicio a Jesucristo. Es una amplia catequesis sobre el Misterio de Cristo.

- Jesucristo está presente en la Palabra porque ésta, en sus formas diferentes de anuncio, es expresión de la Palabra Encarnada, del Hijo de Dios encarnado. Todas estas formas están habitadas e impregnadas por Él. «Contienen la fragancia de Cristo».¹⁵

¹⁵ SAN FRANCISCO DE ASÍS, cita tomada de RODRÍGUEZ CARBALLO, Ministro General de OFM, *Mendicantes de sentido, de la mano de la Palabra*, Roma 2008, n. 15.

II.– LA PALABRA DE DIOS ES VIVA: EFICAZ Y ACTUAL

«*La Palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que una espada de dos filos: penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y tuétanos y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Así que no hay criatura que esté oculta a Dios*» (Hb 4,12-13).

1. Palabra eficaz

13. La Palabra de Dios no siempre es una pieza literaria brillante. «Ha habido y habrá libros mejores, más refinados e incluso más edificantes que muchos libros de la Biblia. Pero ninguna de estas obras maestras producirán el efecto del más modesto de los libros inspirados. Existe en sus palabras una desproporción evidente entre el signo verbal y la realidad que éste produce. En las palabras de la Escritura hay algo que actúa más allá de toda explicación» (Cantalamesa). En términos teológicos: la Palabra de Dios es eficaz.

La teología católica, preocupada por defender la *verdad* de la Palabra de Dios, no se había ocupado tanto en registrar su *eficacia*. Debemos a la teología protestante (particularmente a Karl Barth) el habernos ayudado a descubrir mejor y valorar más esta dimensión capital: la Palabra de Dios hace lo que dice. Santa Teresa de Jesús expresará el mismo pensamiento de manera bien gráfica: «sus palabras son obras».

Las ciencias del lenguaje han resaltado el carácter «performativo», es decir, eficaz, de la palabra humana. En su frágil envoltura genera consensos, construye comunidad, produce alegría, suscita amor, siembra esperanza. Pero, al mismo tiempo, la palabra humana es también pobre: falible, impotente para curar enfermedades y asegurar los éxitos deseados, dubitante y tornadiza, incluso, en ocasiones, destructiva.

En cambio, la Palabra de Dios es eficaz en grado eminente. «*No me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para que se salve todo el que cree, tanto si es judío como si no lo es*» (Rm 1,16). La Palabra de Dios crea, da el ser a lo que no existe: «*Y dijo Dios: que exista la luz. Vio Dios que la luz era buena... Y dijo Dios: que haya una bóveda entre las aguas... y así fue*» (Gn 1, passim). El profeta Jeremías, asustado y renuente ante la llamada de Jahvéh, contemplará cómo Él toca su boca y le dice: «*Mira, pongo mis palabras en tu boca; en este día te doy autoridad sobre naciones y reinos, para arrancar y destruir, para edificar y plantar*» (Jr 1,9-10). En Is 55,10-11, Jahvéh asegura: «*como la lluvia y la nieve caen del cielo y solo vuelven allí después de haber empapado la tierra, de haberla fecundado y hecho germinar para que dé simiente al que siembra y pan al que come, así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí de vacío*».

14. Jesús, en los Evangelios, con el poder de su Palabra cura a los enfermos (Mt 8,3; Mc 7,34; Lc 7,14); expulsa malos espíritus (Mt 8,32); domina la natura-

leza (Mc 4,39); convierte corazones y perdona sus pecados (Mt 9,6); renueva vidas humanas (Jn 4). Su palabra penetra hasta lo más hondo del corazón humano y allí crea vida. «*Nadie ha hablado como este hombre*» (Jn 7,46), dirán, admirados, sus oyentes.

Todas las modalidades de la Palabra de Dios tienen esta fuerza salvífica. Pero la Escritura, cuando es proclamada o escuchada con fe, con espíritu de pobre, con voluntad de acogida, la tiene en grado eminente. Nadie permanece igual que antes tras haber escuchado la Palabra de Dios. Aquel que culpablemente se resiste o frívolamente se desentiende, queda en una situación más lamentable que antes de la escucha. No se puede jugar con la Palabra del Dios vivo.

Tenemos, en la Escritura, un tesoro valioso para ir adquiriendo mediante la escucha asidua de la Palabra «*la mente de Cristo*» (1 Co 2,16), es decir, su modo de pensar, su sensibilidad, sus valores, su adhesión al Padre, su debilidad por los pobres. Así la Palabra nos convierte y nos introduce progresivamente en el proyecto divino de la salvación. Nos mueve a reconstruir una y otra vez el edificio de la comunidad cristiana. Nos ofrece un rayo de luz y un bálsamo de consuelo en los momentos de angustia. Nos da coraje, solidaridad, conciencia de nuestra fragilidad, vigilancia sobre nuestras ambiciones superficiales, fidelidad para cumplir nuestra misión, esperanza para perseverar sin desmayo.

«¿Hay algo más grave y más pecaminoso que no leer la Escritura y creer que su lectura es inútil y no sirve para nada?».¹⁶

Es preciso, con todo, disipar un posible equívoco: que la Palabra de Dios sea *eficaz* no significa que siempre sea *efectiva*. La eficacia de la Palabra de Dios no es mágica: no se da sin un personal y específico empeño de responsabilidad por parte de quien la escucha. La parábola del sembrador (Mc 4,1-9) es bien esclarecedora. Como la buena semilla, portadora de una promesa de vida, tiene por delante un largo recorrido hasta convertirse en espiga, la Palabra de Dios escuchada tiene ante sí un largo itinerario antes de llegar «al corazón» del ser humano, al centro vital del que fluyen los criterios, las opciones, las actitudes. Al igual que aquella se malogra en terreno pedregoso o entre cardos, la Palabra puede y suele quedar retenida por la superficialidad, la insensibilidad o la fuerza de nuestras pasiones. Sólo la lectura asidua puede reblandecer estas resistencias y abrir camino por entre ellas a la Palabra que llega. Ésta se hace efectiva cuando, superadas las resistencias, llega al corazón. Entonces podemos decir con Ignacio de Antioquia: «Yo me refugio en el Evangelio como en la Carne de Cristo».

2. Palabra actual

15. «*Le entregaron el libro del profeta Isaías... Todos los que estaban en la sinagoga tenían sus ojos clavados en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido ante vosotros esta profecía*» (Lc 4,17. 20-21). Las palabras pronunciadas por el profeta (Is 61,1-3) unos 550 años antes, se cumplen en el «hoy» y «aquí» de Nazaret. Fueron dichas en un contexto. Son actuales en un nuevo contexto.

¹⁶ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matheum*, 2, 5 (PG 57).

Tan actuales y tan adaptadas a la situación como en el momento en que se pronunciaron originariamente. No están «encadenadas» a una cuadrícula del espacio y del tiempo. Por algo son Palabra *de Dios*. Ella es contemporánea de todos los tiempos y coextensiva de todos los lugares.

La Escritura no es, pues, una palabra mantenida «en conserva» porque, aunque pronunciada hace mucho tiempo en otro contexto, pueda sernos útil para nuestros días. Es una palabra viva y *actual* que se pronuncia para mí o para una concreta comunidad cuando la estoy escuchando. Está vinculada a la Palabra originaria, dicha muchos siglos antes, pero es creadora de una nueva situación de salvación. Entonces la palabra que parecía congelada «se enciende»; la que parecía opaca se vuelve transparente. El Espíritu Santo la reaviva para salvación de quienes la escuchan con fe. Por esta razón, el Concilio (*Dei Verbum*, n. 21) utiliza el presente al afirmar: «*en los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos y conversa con ellos*».

Una de las deficiencias más frecuentes consiste en que nuestra relación con la Biblia sea relación con el libro, no con el Autor. En la escucha de la Palabra se encuentran, de un lado y del otro, sujetos palpitantes y vivos que se comunican entre sí y «tienen mucho que decirse». No. La Biblia no es un simple libro de contenido espiritual. Es una Palabra viva de Alguien que se hace presente a través de ella y quiere entablar con nosotros una relación de amor.

Si la Palabra de Dios es actual, lo son también las circunstancias que se dan cita en este encuentro. Ella nos invita a descubrir las nuevas lepras, parálisis, fiebres, malos espíritus, tempestades, los que invaden nuestra vida y entorno y los nuevos necesitados, las nuevas invitaciones que nos dirige el Señor. En una palabra, las nuevas aperturas o dificultades que le ofrecemos.¹⁷ Cuando escuchamos a Jesús que se invita a sí mismo a casa de Zaqueo (Lc 19,1-10), somos nosotros los visitados. Cuando escuchamos a los murmuradores de turno: «*Ha ido a alojarse en casa de un pecador*», ese pecador soy yo. Cuando oigo las palabras de Jesús: «*Hoy ha llegado la salvación a esta casa... pues el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido*», soy yo quien doy gracias al Señor porque me ha buscado y encontrado. Y esta lectura no es una acomodación piadosa, sino una actualización completamente legítima de la Palabra viva de Dios.

3. Palabra de Dios y palabra humana

16. Basta asomarse a las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento para percibir que estamos ante una palabra humana con su riqueza y su limitación, con su impregnación cultural y su genialidad transcultural. Estamos ante una obra conjunta del Espíritu y de un amplio grupo de escritores inspirados por Él.

Cuando el Espíritu inspira a un escritor sagrado no anula su condición humana. No le extrae del cuadro de sus condicionamientos psicológicos, socio-

¹⁷ Cfr. BADIOLA, *Dios se dice en su Palabra*. Conferencia en el aniversario de la fundación de la Facultad Teológica del Norte de España, p. 9.

lógicos, culturales. Asume tales condicionamientos hasta tal punto que todo el escrito es obra del Espíritu Santo y obra del autor humano; el Espíritu otorga su aval a la verdad consignada «para nuestra salvación» en los libros inspirados (cfr. *Dei Verbum*, n. 11). Los autores humanos persisten en sus percepciones antropológicas, cosmológicas, ingenuas y precientíficas, desbordadas hoy por visión más científica del mundo. Esto no «molesta» en absoluto a Dios. En palabras de algunos Padres griegos, Él se autolimita, se «estrecha» y se «contrae» en aras de poder comunicarse con los humanos.

La Palabra de Dios no es, pues, una Palabra divina sembrada *entre* palabras humanas, sino una Palabra divina *en* palabra humana. Este comportamiento del Señor no mengua su santidad. Antes bien, «nos muestra la admirable condescendencia de Dios para que aprendamos su amor inefable y cómo adapta su lenguaje a nuestra naturaleza con su providencia solícita» (*Dei Verbum*, n. 13).

III.– EL ÍNTIMO PARENTESCO ENTRE PALABRA, ESPÍRITU, EUCARISTÍA, IGLESIA

No podemos comprender ninguna de las grandes realidades enumeradas en este enunciado sin desvelar la íntima vinculación (una especie de mutua inmanencia) existente entre ellas.

1. Palabra y Espíritu

17. «Toda Escritura ha sido inspirada por Dios y es útil para enseñar, para persuadir, para responder, para educar en la rectitud, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer el bien» (2 Tm 3,16-17). La fe de la Iglesia confiesa que toda la Escritura (Antiguo y Nuevo Testamento) es obra del Espíritu Santo. El Símbolo de Nicea-Constantinopla reconoce que el Espíritu Santo, «Señor y dador de vida..., habló por los profetas». El Concilio Vaticano II ratifica que «todos los libros del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento, en cuanto escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor y como tales han sido confiados a la Iglesia» (*Dei Verbum*, n. 11).

El Espíritu inspiró no sólo la palabra de los profetas y de los demás autores del Antiguo Testamento. Inspiró también que tales palabras fueran transcritas para así asegurar mejor su transmisión. El Espíritu llenó y condujo a Jesús, Palabra del Padre, de manera eminente en su andadura terrena (cfr. Lc 3,22; 4,18). El mismo Espíritu inspiró a los evangelistas para que consignaran por escrito las palabras y obras del Señor. Este mismo Espíritu sembró en los autores la iniciativa y determinó el contenido de los escritos apostólicos del Nuevo Testamento. En suma y en consecuencia, la Escritura es obra del Espíritu Santo. Él está activamente presente en su origen.

Pero el Espíritu Santo no está sólo en el origen de los libros de la Escritura. El mismo que los inspiró está presente y activo en ellos y en los que se acercan para escucharlos. Dios Padre ha querido que la obra salvadora de su Hijo se actualice entre nosotros por la acción del Espíritu Santo. La Palabra eficaz de Cristo «cobra vida» y actualidad por la intervención del Espíritu Santo cuando se proclama en la liturgia, se lee en la catequesis o se comparte en la lectura creyente y orante de la Palabra. Quienes nos acercamos a la Escritura con espíritu abierto somos internamente trabajados por el Espíritu Santo. Utilizando una imagen de la vida rural, podríamos decir que el Espíritu activa la semilla de la Palabra y, simultáneamente, remueve y prepara la tierra de los que la escuchan.

En este contexto, comprendemos mejor las admirables palabras de Ignacio Hazim, Patriarca ortodoxo Ignacio IV de Antioquía, en una memorable reunión ecuménica: «Sin el Espíritu Santo, Cristo pertenece al pasado; el Evangelio es letra muerta; la Iglesia, simple institución; la predicación, pura propaganda; la liturgia, una evocación mágica; el comportamiento cristiano, una moral de esclavos».

18. El Espíritu, Artífice de los libros sagrados, es también su principal intérprete. «El mismo Espíritu, que es autor de las Sagradas Escrituras, es también guía de su recta interpretación».¹⁸ La Pontificia Comisión Bíblica asegura que, puesto que la Biblia es tesoro de todo el Pueblo de Dios, todos tienen alguna parte en su genuina interpretación: los exegetas, los santos, los pobres, los que viven en determinadas situaciones culturales y sociales, los que atraviesan circunstancias particulares. La última palabra la tiene el Magisterio de la Iglesia, «que tiene el oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios oral o escrita» (*Dei Verbum*, n. 10). Los pastores de la Iglesia ejercen este oficio en nombre de Cristo y cuentan con la asistencia del Espíritu Santo para el cumplimiento de esta delicada misión. Son conscientes de que «el Magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido pues, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, la escucha devotamente, la custodia celosamente y la explica fielmente» (*Dei Verbum*, n. 10).

Si el Espíritu activa la Palabra de Dios y nos remueve para acogerla y hacerla fructificar, hay algo que no debemos olvidar nunca cuando entramos en contacto con el texto sagrado: reconocer con agradecimiento y pedir con ardor la acción intensiva de este Espíritu.

2. Palabra y Eucaristía

19. «Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado. Y se dijeron uno a otro: ¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras? En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén... y contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan» (Lc 24,30-35).

El relato de Emaús es una perla, «un pequeño evangelio dentro del Evangelio». Nos ilumina para comprender la estrecha relación existente entre Palabra y Eucaristía y, en general, entre Palabra y Sacramento.

El encuentro con Jesús como compañero de camino opera una notable transformación en el corazón de los discípulos. La Palabra del Señor les hace ver la realidad con ojos diferentes. No ha cambiado la realidad; han cambiado los ojos para verla. Esta Palabra les conduce de la desesperanza a la esperanza, de la depresión a la alegría. Cura la herida provocada por el traumatismo de la Pasión. Prepara el reconocimiento. La Cena eucarística con el Forastero acaba y lleva a término el trabajo salvífico de la Palabra: reconocen a Jesús al partir el pan. El encuentro de Jesús es, desde este momento, pleno... aunque fugaz. Palabra y Eucaristía les mueven sin demora a la misión de anunciar su experiencia pascual.

¹⁸ Sínodo de los Obispos 2008, proposición 5ª.

El episodio de Emaús evoca la celebración de la Palabra y el memorial de la última Cena, que se actualizan en la Eucaristía. La teología y espiritualidad protestante tiende a estimar la Eucaristía (la Cena) como un complemento de la celebración de la Palabra, que es «el plato fuerte». Durante mucho tiempo, la sensibilidad católica ha tendido a considerar la liturgia de la Palabra como algo previo al sacramento de la Eucaristía. Muchos recordamos aún que el precepto dominical quedaba cumplido si el feligrés se incorporaba a la Misa inmediatamente después del Evangelio. En esta mentalidad, la liturgia de la Palabra sería contemplada como la parte catequética y pedagógica, y la Eucaristía sería la parte misteriosa y salvífica. La primera instruye; la segunda salva; la primera subrayaría la acción del hombre; la segunda, la acción de Dios. No es preciso insistir en las deficiencias teológicas de esta concepción.

20. Ciertamente, Palabra y Eucaristía no son intercambiables. La comunión con el Padre en Cristo y con los hermanos en la Eucaristía es una verdadera cima, a la que se sube por las veredas ascendentes de la Escritura. La Palabra está orientada hacia una más fructuosa celebración de la Eucaristía y de los sacramentos. A su vez, la Eucaristía se enraíza en la Escritura. Las palabras centrales de la Plegaria Eucarística son precisamente el relato escriturístico de la Cena pascual del Señor. «La Palabra de Dios se hace carne sacramental en el acontecimiento eucarístico y (este acontecimiento) lleva a su cumplimiento la Sagrada Escritura».¹⁹

El Concilio (*Sacrosanctum Concilium*, n. 56) formuló este vínculo inescindible con las siguientes palabras: «Palabra y Eucaristía están tan estrechamente unidas entre sí que constituyen un solo acto de culto». Esto significa que la proclamación de la Palabra no es sólo anuncio de la salvación, sino acontecimiento salvador. Significa, asimismo, que la celebración de la Eucaristía es no sólo acontecimiento, sino anuncio. Porque «*siempre que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, **anunciáis** la muerte del Señor hasta que Él venga*» (1 Co 11,26).

Bien fundadas están, pues, las palabras conciliares: «La Iglesia no deja de tomar el Pan de vida de la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo» (cfr. *Dei Verbum*, n. 21). Muchos siglos antes escribía el autor de «La imitación de Cristo»: ²⁰ «Me has dado como a un enfermo tu sagrado Cuerpo para alimento del alma y del cuerpo, y tu divina Palabra para que guiase mis pasos como una lámpara. Sin estas dos cosas, yo no podría vivir rectamente. Porque la Palabra de Dios es luz del alma y tu Sacramento el pan de la vida. Estas dos cosas son como dos mesas colocadas en el tesoro de tu Santa Iglesia».

3. Palabra e Iglesia

21. «La Palabra de Dios es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiri-

¹⁹ Sínodo de los Obispos 2008, proposición 7ª.

²⁰ T. DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, libro IV, cap. 11.

tual» (cfr. *Dei Verbum*, n. 21). Por eso, «como la vida de la Iglesia recibe su incremento de la renovación constante del misterio eucarístico, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual, de la acrecida veneración de la Palabra de Dios que permanece para siempre» (*Dei Verbum*, n. 26).

Palabra y Eucaristía construyen la Iglesia. Esclarecer y subrayar especialmente el papel de la Palabra en la generación y regeneración de la Iglesia ha sido uno de los objetivos principales del Sínodo reciente, cuyo lema es bien revelador: «La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia».

Podemos desplegar la relación existente entre Palabra e Iglesia a través de tres afirmaciones escalonadas.

3.1. *La Iglesia nace y vive de la Palabra de Dios*

En el libro de los Hechos y en las cartas de Pablo, contemplamos cómo la Palabra de Dios anunciada por los Apóstoles congrega en torno a ella y a ellos comunidades nacientes. La Palabra de Dios tiene, junto con la Eucaristía, una virtualidad generadora de comunidad. En palabras ajustadas de M. Legido: «La Iglesia es con-vocada por la Palabra, con-gregada por la Eucaristía y con-ducida por el ministerio apostólico». En consecuencia, tanto más vigorosas nacerán y crecerán las comunidades cuanto mayor sea su veneración y acogida práctica de la Palabra de Dios.

3.2. *La Palabra de Dios sostiene a la Iglesia a lo largo de la historia*

Una comunidad frágil y naciente, a la que seguramente le hubiéramos augurado una vida corta en el clima cultural de agresividad en el que surgió, se sobrepuso a grandes dificultades y logró no quedar confinada en el seno del judaísmo. El recuerdo de Jesús, la experiencia pascual, la lectura del Antiguo Testamento, realizada desde la perspectiva de la Resurrección, y las cartas de los Apóstoles, la sostuvieron en su identidad. El Antiguo y Nuevo Testamento fueron en los siglos siguientes la mística que mantuvo su identidad, dentro de la cultura helenística. No sin dificultades, la Palabra de Dios ha seguido manteniendo esa misma identidad a través de la Edad Media y Moderna. La sigue y seguirá manteniendo (así lo creemos firmemente) en medio de un mundo cada vez más poderoso, más extraño a la fe y más capaz de impregnar la mentalidad y sensibilidad de los mismos creyentes. «No me cansaré nunca de repetir que la lectura creyente y orante de la Escritura es uno de los medios principales con los que Dios quiere salvar nuestro mundo occidental de la ruina moral que pende sobre él a causa de la indiferencia y el miedo a creer. Ella es el antídoto que Dios propone... para favorecer el crecimiento de la interioridad sin la que el cristianismo... corre el peligro de no superar el desafío del tercer milenio».²¹

²¹ Card. MARTINI, *Programmi pastorali diocesani 1980-90*, Centro Ambrosiano, Milano, p. 529.

3.3. *La Palabra de Dios penetra y anima, con la potencia del Espíritu Santo, toda la vida de la Iglesia*

Sin la fuerza de la Palabra de Dios y la acción del Espíritu, toda la ingente actividad de la Iglesia sería un simple «correr en vano». Podemos lamentar la desproporción entre nuestros esfuerzos y los resultados. Pero son la Palabra y el Espíritu quienes animan la predicación, vivifican la liturgia, estimulan la acción caritativa, alimentan a los contemplativos, inspiran a los teólogos, sostienen a los educadores cristianos, alientan a los catequistas, mantienen nuestras editoriales, sustentan nuestras universidades, confortan a los políticos creyentes, acompañan a laicos comprometidos en la construcción de una sociedad más humana, fortalecen a los pobres que luchan por una vida más digna, alivian a los enfermos, ensanchan las energías de los misioneros y misioneras. Percibimos un notable vigor y aliento en esta inmensa tarea evangelizadora. Será mayor, si quienes estamos en ella, nos apoyamos más firmemente en la Palabra que renueva y da esperanza.

3.4. *Para un mayor arraigo de la Palabra en la Iglesia*

22. Profundamente persuadido de estas verdades, el Concilio dedica un capítulo (*Dei Verbum*, n. 6) a señalarnos unas tareas que aseguren una mejor acogida y un mayor fruto de la Palabra en la Iglesia. Es necesaria la lectura íntegra de este capítulo, «el punto culminante del documento».²² He aquí algunos apuntes:

- Los creyentes han de tener «amplio acceso a la Sagrada Escritura» (*Dei Verbum*, n. 22). Han de contar para ello con traducciones fieles, dotadas de introducciones y notas suficientes.
- A todos se les exhorta «con vehemencia» a que accedan a la directa «y frecuente lectura de las Sagradas Escrituras... No olviden que la oración debe acompañar a la lectura... porque a Él hablamos cuando oramos y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas» (*Dei Verbum*, n. 25).
- «El estudio de la Sagrada Escritura ha de ser como el alma de la Sagrada Teología» (*Dei Verbum*, n. 24).
- «Los exegetas católicos y demás teólogos deben trabajar aunadamente, bajo la vigilancia del Magisterio, para investigar y proponer las letras divinas» (*Dei Verbum*, n. 23).
- La lectura devota de la Escritura es especialmente urgida a los que «se dedican legítimamente al ministerio de la Palabra (sacerdotes, diáconos, catequistas). Sumérjense en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente para que ninguno de ellos resulte predicador vacío y superfluo de la Palabra de Dios que no escucha en su interior» (*Dei Verbum*, n. 25).
- «Toda la predicación eclesiástica... ha de nutrirse de la Sagrada Escritura y regirse por ella» (*Dei Verbum*, n. 21).
- Ha de procurarse el número mayor y la preparación mejor de los ministros de la Palabra (cfr. *Dei Verbum*, n. 23).

²² Card. KASPER, a.c., p. 8.

IV.– DISCÍPULOS Y TESTIGOS DE LA PALABRA DE DIOS

23. Toda la vida de la Iglesia se condensa en un doble movimiento: acoger y transmitir la salvación. Acoger la salvación equivale a ser discípulo del Señor. Transmitirla equivale a ser testigo y anunciador de la salvación recibida. La Iglesia encuentra en María, miembro singular de la Iglesia, el prototipo de este doble movimiento. Acoger la Palabra de Dios y transmitirla al mundo constituye el eje mismo de su vida y misión.

Acoger y transmitir la Palabra de Dios es condición común de todos los cristianos. Este doble movimiento está inscrito en el código genético del cristiano, desde el Papa hasta el último bautizado. No ha de haber en la Iglesia ni simples transmisores ni simples receptores. Todo transmisor es al mismo tiempo receptor. Cuando esto no sucede, es más bien «*campana que suena o címbalo que retiñe*» (1 Co 13,1). Correlativamente, todo receptor está llamado a ser transmisor. De no serlo, se asemeja al servidor que recibió un talento para negociarlo y lo escondió en tierra (cfr. Mt 25,24 ss). Todos somos, a la vez, discípulos y testigos, receptores y anunciadores.

1. Discípulos de la Palabra

24. «*El Señor me ha dado una lengua de discípulo para que sepa sostener con mi palabra al abatido. Cada mañana me espabila el oído para que escuche como los discípulos. El Señor me ha abierto el oído y yo no me he resistido ni me he echado atrás*» (Is 50,4-5).

Una de las primeras características del discípulo es la *familiaridad* con la Palabra de Dios. Al discípulo el Señor «le ha abierto el oído», le ha vuelto atento y sensible a la voz de Dios. Esta voz no le suena a extraña, a incompatible con su mundo. Tiene sintonía, afinidad con ella.

La familiaridad es un don. Es el Señor quien le ha abierto el oído. Pero este don recae más connaturalmente sobre los santos y los sencillos de corazón. San Francisco de Asís comprendió y asimiló mejor la Palabra de Dios que muchos ilustres predicadores y doctores de su tiempo. Los sencillos tienen también especial afinidad para intuir determinados aspectos existenciales y prácticos contenidos en la Palabra que escuchan.

Esta familiaridad es especialmente postulada a los que en la Iglesia han recibido, en un grado u otro, el ministerio de la Palabra (sacerdotes, diáconos, catequistas, profesores de Religión). Pero también ellos son antes discípulos que maestros. San Agustín decía a sus diocesanos en una predicación: «Os cuidamos porque así nos lo pide nuestro deber de hacerlo, pero queremos ser cuidados (por el Señor) juntamente con vosotros. Somos *como* pastores para vosotros, pero somos *ovejas* con vosotros bajo aquel Pastor. Somos *como* doctores desde esta cátedra para vosotros, pero bajo aquel único Maestro somos, en esta escuela, *condiscípulos* vuestros».

La *sensibilidad* del profeta es otra de las características del discípulo. Al fin y al cabo éste, por el Bautismo, participa de la condición profética de Cristo. El profeta es alguien que se deja estremecer por la Palabra de Dios. «*Cuando encontraba palabras tuyas, yo las devoraba; tus palabras eran mi delicia y la alegría de mi corazón, porque he sido consagrado a tu nombre, Señor Dios todopoderoso*» (Jr 15,16). Pero el profeta no sólo se estremece de gozo. La Palabra de Dios le interpela y le agarra por dentro: «*Tú me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir, me has agarrado y me has podido. Se ríen de mí sin cesar, todo el mundo se burla de mí... Yo decía: no pensaré más en él, no hablaré más en su nombre. Pero (tu Palabra) era dentro de mí como un fuego devorador encerrado en mis huesos: me esforzaba en contenerla y no podía*» (Jr 20,7-9). El rollo que Ezequiel comió le supo como la miel, pero después le produjo escozor en las entrañas (cfr. Ez 3,3.14).

La *docilidad* del oyente es asimismo propia del discípulo. Cuando la Palabra, vencidas todas las resistencias, llega al centro del corazón, el creyente le entrega su mente, prefiere la lógica de Dios a su propia lógica, «*Le son más dulces los mandatos del Señor, más que miel en la boca*» (Sal 119,103). La palabra escuchada en Pentecostés «*les llegó hasta el fondo del corazón; así que preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿qué tenemos que hacer, hermanos?*» (Hch 2,37). Así es la docilidad del discípulo.

2. Testigos de la Palabra

25. Ser testigo es algo muy serio. No es un simple vendedor de ideas. Ni siquiera sin más un hombre convencido de lo que afirma, pero no implicado en ello. Un testigo es aquel que ha vivido un acontecimiento absolutamente central en su existencia. Este acontecimiento le ha marcado, ha cambiado el curso de su existencia, hasta el punto de que no puede en adelante sino transmitirlo con su palabra y con su vida. La Palabra y el Espíritu crean testigos así. «*Creo a testigos que se dejan degollar*» (Pascal).

Esta vocación común de todo creyente, reconocida, acogida y vivida, es capital para el presente y el futuro de nuestra Iglesia. En unos tiempos en los que incluso muchos bautizados han perdido todo contacto habitual con la Palabra de Dios y nos encontramos con generaciones a quienes la Palabra y la fe se les antojan extrañas y mitológicas, no podemos olvidar, sin embargo, que son muchos los cristianos sinceros y motivados «sembrados» en todos los ambientes y en contacto directo (incluso de calidad) con estas personas más que alejadas. No deben olvidar estos cristianos que, por su condición bautismal, son enviados de Jesucristo y de su comunidad a tales ambientes. Reconocemos la dificultad de manifestar la fe en determinados ámbitos. Pero la Palabra de Dios tiene una fuerza especial que consuela e interpela al mismo tiempo. En la vida de estas personas tan distantes hay coyunturas en las que la fuerza combinada de una proximidad afectiva y servicial y de un mensaje bíblico adaptado, puede abrir puertas y romper barreras. No faltan testimonios que avalan que esto es posible y real.

Eso sí: «sólo aquel creyente que tenga el Evangelio en su corazón, un evangelio convertido en objeto de contemplación y motivo de oración, logrará

mantenerlo en su boca como un tesoro del que hablar y lo tendrá en sus manos como algo ineludible que tiene que entregar».²³

3. Discípulos y testigos como María

26. Nadie ha acogido la Palabra de Dios como María. San Agustín nos dice que la concibió antes en su espíritu que en su cuerpo. Sobre todo en el Evangelio de la infancia, María es retratada como aquella que muestra su plena docilidad y disponibilidad a la Palabra que le comunica el proyecto de Dios sobre su vida, a pesar de que este designio altera sus planes previos. «*Aquí está la esclava del Señor; que me suceda según dices*» (Lc 1,38). En el «Magnificat», María acoge con exultante gratitud el proyecto salvador del Dios fiel y misericordioso que a través de ella se realiza en Jesús, cumpliendo así la antigua promesa a su pueblo. Inmersa en la tradición de los pobres de Jahvéh, María muestra su alegría de que Dios se acuerde de los pobres y desvalidos. «*Tomó de la mano a Israel su siervo, acordándose de su misericordia... Ensalzó a los humildes y colmó de bienes a los hambrientos*» (Lc 1,51.53.54).

Los acontecimientos en torno al nacimiento del Niño dan mucho que pensar y sentir a María, que «*guardaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón*» (Lc 2,19). A medida que su Hijo crecía, ella le observaba con los ojos del corazón (cfr. Lc 2,28-38) y retenía todos los signos, incluso aquellos que no comprendía y le producían dolor y desconcierto, como el episodio del templo (cfr. Lc 2,41-50).

En el inicio del ministerio de su Hijo, invita a los criados de Caná a «*hacer lo que Él les diga*» (Jn 2,5). A lo largo de su vida pública, María está entre los discípulos del Señor que escuchan su Palabra y la cumplen (cfr. Lc 11,27-28).

Llegado el gran momento de la Pasión, María está al pie de la Cruz, sufriendo en su corazón el martirio que Jesús sufría en su cuerpo, «*porque en María todo sucede dentro*» (beata Isabel de la Trinidad), y recogiendo con sumo cuidado las palabras entrecortadas de Jesús: «*Aquí tienes a tu Hijo..., aquí tienes a tu Madre*» (Jn 19,26-27). Vivida la experiencia de la Resurrección, persevera con los discípulos en oración a la espera del cumplimiento de la palabra de su Hijo, que había prometido la venida del Paráclito (cfr. Hch 1,14).

En síntesis, María es la mujer que renuncia a su propia lógica para aceptar la *lógica* desconcertante de Dios. *Se fía de Él* y de su promesa, que es, a sus ojos, más valiosa que todas las garantías y seguridades del mundo. Esta confianza le abre el camino a la *obediencia* total a Dios. No en una actitud voluntarista sino con la *sintonía del corazón*, aunque no sin costo ni dolor. María progresa en su fe y va comprendiendo mejor el misterio de su Hijo porque *recoge y medita sus palabras, gestos y acciones*. Por esto es modelo y estímulo para todos los que, entre dificultades y tropiezos, queremos ser discípulos y testigos de Jesús, Palabra hecha carne en el seno de María. «Ella es el arquetipo de la fe de la Iglesia que escucha y acoge la Palabra de Dios».²⁴

²³ P. CHÁVEZ, Rector Mayor de los Salesianos, *Palabra y vida salesiana hoy*, Roma 2004.

²⁴ Sínodo de los Obispos 2008, proposición 4^a.

V.- ACTITUDES AUTÉNTICAS E INAPROPIADAS ANTE LA PALABRA DE DIOS

27. La naturaleza misma de la Escritura postula que nos aproximemos a la Biblia en unas determinadas actitudes coherentes con ella. Nos proponemos enumerarlas y describirlas escuetamente. Pero a menudo nuestra aproximación suele quedar lastrada por prejuicios, intereses, frivolidades ajenas a la estructura de la Palabra de Dios. Hemos de identificarlas con cuidado. Así podremos acercarnos al mandato del Concilio: «Oír [la Palabra de Dios] con piedad, guardarla con exactitud y exponerla con fidelidad» (*Dei Verbum*, n. 10).

1. Actitudes auténticas

1.1. Reconocimiento y escucha

La Palabra que escuchamos es *de Dios*. Al acercarnos a ella es preciso reconocer humildemente su soberanía; es decir, su prioridad absoluta sobre cualquier palabra humana que pronunciemos o escuchemos. No la hemos elegido nosotros. Ella nos ha elegido. En rigor, no somos nosotros quienes asimilamos la Palabra de Dios; es ella quien nos asimila a nosotros: nos hace pensar y sentir como ella y actuar consecuentemente. Dios lleva la batuta. Él toma la iniciativa. Por esto *el humilde reconocimiento y la dócil escucha* son connaturales a una Palabra así. La tentación de los judíos fue interpretarla sobre todo como una ley; la de los griegos, hacerla demasiado acomodada a la razón y olvidar su carácter paradójico, que rompe la lógica humana para introducir la novedad de Dios. Tal vez la de muchos creyentes de hoy queda bien retratada por Paul Claudel: «El respeto de los católicos por la Sagrada Escritura es inmenso, pero se manifiesta sobre todo en la distancia que adoptan ante ella».

1.2. Agradecimiento

28. La Palabra de Dios es *gratuita*. Es un regalo total e inmerecido. «Nuestro Dios es un Dios que habla» no un ídolo mudo. Aunque muchas veces, dolorosamente, creamos percibir su silencio, Dios ha querido libremente comunicarse con nosotros por amor, revelarnos su Rostro, hacernos partícipes de su proyecto salvador. Merece todo nuestro *agradecimiento*. No es la suya una palabra mágica cuyos efectos benéficos podamos evocar a nuestro antojo, sino Alguien que se ofrece libremente cuando llega el momento oportuno, cuando encuentra nuestra casa dispuesta y preparada o la sorprende revuelta y enrevesada y se propone pacificarla y convertirla.

1.3. Acogida incondicional

29. La Palabra de Dios es medicina *necesaria* para nuestra salvación. Sin ella el pueblo creyente se diluiría y la humanidad correría el gran riesgo de perder la ruta en las cañadas de la historia. Sin ella, cada uno de nosotros seríamos seres

definitivamente malogrados. Nuestras heridas se volverían crónicas. Podríamos acabar destruyéndonos unos a otros. La amargura y la desesperación ahogarían el gozo de vivir y la esperanza. Dios se nos difuminaría en el horizonte. Las tremendas, geniales y gráficas palabras de Nietzsche que proclaman la muerte de Dios y el frío glacial y el vacío abismal provocado por ella, reflejarían una experiencia compartida. Una Palabra que nos es tan necesaria postula de nosotros acogida incondicional.

1.4. Consciencia atenta

30. La Palabra de Dios es *actual*. No es un simple precipitado de anteriores intervenciones de Dios. Aquí y ahora el Padre conversa con sus hijos cuando nos reunimos para leer las Escrituras. Conversa conmigo cuando abro el texto sagrado. Esta actualidad reclama de nuestra parte una *consciencia atenta*. Nuestra relación con la Palabra es un encuentro, un acontecimiento salvador. No se puede leer la Palabra de Dios «en diagonal», como se lee la prensa diaria. Es nada menos que Dios quien me habla. No se puede «dormitar» ni «profundizar en la superficie» ante una Palabra así.

1.5. Confianza

31. La Palabra de Dios es *eficaz*: hace lo que dice. Es palabra y acontecimiento. Nuestra actitud ante ella no puede ser la del oyente aburrido que «se la sabe de antemano», ni la del interlocutor «escaldado» que no se cree que esta Palabra introduce un fermento de cambio en mí, en nosotros. No debemos ir derrotados de antemano a la Palabra de Dios, sino *confiados*.

1.6. Admiración sobrecoyida

32. La Palabra de Dios es siempre nueva y *sorprendente*. El Espíritu Santo la rejuvenece cada vez que se pronuncia para todos o para mí. Ella regenera lo que toca. La situación que vivimos, diferente a la que vivieron sus primeros destinatarios hace que ella sea «siempre antigua y siempre nueva». Escucharla con esperanza es, pues, coherente con su naturaleza. Benedicto XVI pide al oyente que «se deje *sorprender* por la novedad de la Palabra de Dios que nunca envejece y nunca se agota; que vence la sordera para escuchar las palabras que no coinciden con nuestros prejuicios y opiniones». Esta Palabra siempre nueva reclama nuestra *admiración*.

1.7. Compromiso

33. La Palabra de Dios es *interpeladora y dinámica*. Provoca a la acción, al cumplimiento, al *compromiso*. «*Poned pues en práctica la Palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos... Dichoso el hombre que se dedica a meditar la ley perfecta de la libertad y no se contenta con oírla, para luego olvidarla, sino que la pone en práctica*» (St 1,22-25). «Guardar la Palabra es cumplirla» (M. Blondel).

2. Actitudes inapropiadas

34. Toda actividad noble corre el riesgo de quedar contaminada cuando es tocada por manos humanas. Veamos algunas de las marcas con las que la mano humana puede empañar la Escritura. Ellas actualizan nuestra tentación de servirnos de la Palabra de Dios en vez de reconocer su soberanía.

2.1. La lectura fundamentalista

La Pontificia Comisión Bíblica²⁵ dedica un extenso texto a describir y valorar esta patología en el acercamiento a la Escritura. «La lectura fundamentalista parte del principio de que, siendo la Biblia Palabra de Dios inspirada y exenta de error, debe ser leída e interpretada a la letra en todos sus detalles... Este género de lectura encuentra cada vez más adeptos a finales del siglo XX en grupos religiosos y sectas, pero también entre los católicos... Impone, como fuente única de enseñanza sobre la vida cristiana y la salvación una lectura de la Biblia que rehúsa toda investigación crítica... Se vuelve incapaz de aceptar plenamente la verdad de la Encarnación, puesto que rechaza admitir que la Palabra de Dios inspirada se ha expresado en lenguaje humano y ha sido escrita, bajo la inspiración divina, por autores humanos cuyas capacidades y posibilidades eran limitadas. Por esto, tiende a tratar el texto bíblico como si hubiera sido dictado palabra por palabra por el Espíritu».

2.2. El historicismo crítico

35. En las antípodas de la deformación precedente se sitúa la postura de los estudiosos increyentes de la Escritura, que la consideran como simple palabra humana a la que hay que tratar exacta y exclusivamente con los mismos instrumentos de análisis que se utilizan para documentos de naturaleza análoga. Deslizarse hacia esta posición puede ser una tentación cuando se niegan en la práctica los criterios específicos derivados de su condición de Palabra inspirada y leída en la Iglesia: la unidad de toda la Escritura, su orientación hacia Cristo y la analogía de la fe.

2.3. La lectura legitimadora y reductora

36. El teólogo norteamericano Howard Clark Kee, denuncia el riesgo que consiste en justificar determinadas convicciones sociales, injustificables o discutibles, apoyándolas en la Escritura. De este modo podemos identificar la invitación bíblica a disfrutar de la creación (Gn 1,26-31; Sal 104; Qo 5,18-19) con la legitimidad del consumismo. La providencia de Dios puede traducirse en términos de progreso económico y reducirse prácticamente a él. La libertad del creyente puede ser fácilmente confundida con la concreta democracia occidental. La salvación cristiana puede diluirse en la salud física y mental. «A veces se concibe la Biblia como una guía para alcanzar el equilibrio y la integridad emotiva. Así las categorías psicológicas suplantán a las teológicas».²⁶

²⁵ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *o.c.*, cap. I, F.

²⁶ H. CLARK KEE, *Biblia y predicación*, en «Comentario Bíblico Internacional», Verbo Divino, Estella 1999, p. 134.

2.4. La lectura ideológica

37. No es tampoco un riesgo irreal. La ideología puede ser conservadora y pretender apoyarse en la Biblia para defender a ultranza el sistema vigente, al tiempo que se vuelve ciega y sorda para dejarse interpelar por los frecuentes requerimientos de la Palabra de Dios a favor de los pobres y en contra de toda opresión e injusticia social.

La ideología puede ser progresista, incluso revolucionaria. Algunas mescolanzas poco rigurosas entre marxismo y cristianismo pertenecen a un pasado aún reciente.

La intuición originaria es acertada: «si los pueblos viven en circunstancias de opresión, es necesario recurrir a la Biblia para buscar allí el vigor capaz de sostenerlos en sus luchas y esperanzas. La realidad presente no debe ser ignorada, sino afrontada, para esclarecerla a la luz de la Escritura. La Palabra de Dios es plenamente actual gracias, sobre todo, a la capacidad que poseen los “acontecimientos fundantes” (el éxodo, la Pasión y Resurrección del Señor) de suscitar nuevas realizaciones en el curso de la historia».²⁷

Una lectura tan comprometida comporta sus riesgos. Se seleccionan textos narrativos y proféticos y se omiten otros igualmente señalados. Pueden utilizarse instrumentos de análisis de la realidad incompatibles con la dinámica de la fe. Bajo la presión de enormes problemas sociales, puede llegarse a un subrayado exclusivo del mensaje social y político liberador, y mostrarse escasa sensibilidad por la dimensión trascendente de la salvación cristiana.

2.5. La lectura moralista

38. Incurrimos en ella cuando la Escritura es concebida y utilizada principalmente como un conjunto de criterios y normas morales destinadas a orientar y determinar nuestro comportamiento. Tal lectura no tiene en cuenta que en la Biblia «no están previstos» todos los posibles comportamientos humanos. Ella no posee una «receta moral» para cada situación histórica o biográfica. Esta lectura ignora, además, la evolución que bastantes normas morales han sufrido, al cambiar determinadas circunstancias, dentro de la misma Biblia. Olvida, sobre todo, que el Evangelio leído en la Iglesia, más que insistir en muchas normas concretas, nos invita y urge a convertirnos a un nuevo modo de existencia y a un renovado estilo de vivir más sensible a la voz contrastada del Espíritu que al cumplimiento rigorista de la ley.

2.6. La lectura espiritualista

39. «*El Espíritu es quien da la vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida*» (Jn 6,63). La lectura espiritualista se desentiende de lo que el autor sagrado quiso decir a los oyentes de su tiempo. Margina cuanto la Palabra de Dios nos dice sobre la realidad terrena, la existencia corporal o las relaciones sociales. Para tales lectores, la Biblia es casi exclusi-

²⁷ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, o.c., cap. I, E.

vamente un recetario de máximas espirituales. Es cierto que *«cuanto fue escrito en el pasado lo fue para enseñanza nuestra, a fin de que, por la perseverancia y el consuelo que proporcionan las Escrituras, tengamos esperanza»* (Rm 15,4). Pero es necesario complementar este espléndido pensamiento bíblico: *«Toda Escritura... es útil para enseñar, persuadir, responder, educar en la rectitud a fin de que el hombre de Dios... esté preparado para hacer el bien»* (2 Tm 3,16-17). No podemos orillar el carácter interpelante y crítico que posee la palabra de Dios acerca de nuestras posiciones personales, sociales y eclesiales.

Ni la lectura «materialista» ni la «espiritualista» se sitúan correctamente ante la Palabra de Dios. En medio se sitúa la lectura «espiritual».

2.7. Desconocimiento y apatía

40. Las lecturas desenfocadas son reales, pero afectan a un número relativamente reducido de creyentes. La gran mayoría desconoce la Biblia. La ignorancia en este punto es bastante general. Vive lejos de la Palabra de Dios. Incluso la muchedumbre de practicantes habituales conoce de la Escritura lo que retiene de la liturgia dominical.

El documento preparatorio del Sínodo utiliza un término de resonancia más afectiva: el *desapego* de los fieles con respecto a la Biblia.²⁸ Este desapego puede tener su origen en el desconocimiento. Puede también inscribirse en el contexto general de una indiferencia religiosa. Puede asimismo revelar la fe siquiera rudimentaria de esta crecida colectividad que ha sido educada en una excesiva distancia de la Biblia. Es difícil valorar aquello que no ha sido gustado y apreciado en la época temprana de la gestación de la fe.

2.8. Incoherencia entre palabra y vida

41. La Palabra llama, a veces con estrépito, como anota San Ignacio, pero no fuerza. Por lo general, toca finamente a la puerta. *«Mira que estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo»* (Ap 3,20). Cuando la vida no se deja cambiar, la voz padece cada vez más interferencias para ser nítidamente escuchada y el que escucha tiene cada vez menos arrestos para reaccionar y decir: *«Volveré a casa de mi Padre»* (Lc 15,18).

Durante un tiempo prevalece la insatisfacción; después se instala la insensibilidad y la costumbre inveterada y esclavizadora.

²⁸ Sínodo de los Obispos 2008, *Instrumentum laboris*, n. 6.

VI.– PARA ADENTRARNOS EN LA PALABRA DE DIOS: LA «LECTIO DIVINA»

42. ¿Cómo colaborar con el Espíritu para que la Palabra de Dios sea efectivamente palabra de vida para nosotros? ¿Cómo realizar una lectura verdaderamente espiritual de la Escritura?

El primer camino es la *lectura asidua* de la Escritura (cfr. *Dei Verbum*, n. 25) «Alimentarnos de la Palabra para ser servidores de la Palabra... es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio».²⁹ La asiduidad es un factor muy relevante. Ordinariamente los libros sagrados nos abren su sentido nuclear a través de un trato continuado con ellos. Sucede lo mismo en la investigación científica. Charcot, una celebridad de la medicina parisina, decía que su método consistía en «dar vueltas a los hechos hasta que se le ponían a hablar». Sólo una lectura asidua permite el acceso a un conocimiento «sapiencial», es decir experiencial y connatural, de la Escritura, mucho más vital y nutritivo que el conocimiento puramente exegético. Sólo ella consigue debilitar las resistencias y reticencias que anidan en nosotros ante la Palabra de Dios. «Es la *permanencia* de la Palabra la que transforma el corazón de piedra en corazón de carne».³⁰

43. El segundo es el *estudio* de la Palabra de Dios. Es preciso reconocer el primado del conocimiento sapiencial sobre el conocimiento científico. En el ámbito social en el que se desenvuelve nuestra vida creyente, lo que no es sapiencial se desmorona fácilmente. Pero, lejos de ser excluyentes, conocimiento sapiencial y estudio se combinan y refuerzan. Necesitamos formular lo que vivimos. Tal formulación refuerza nuestra experiencia interior. Siempre «lo vivido es más rico que lo formulado» (Husserl) pero necesita el sostén de la formulación para no ir perdiendo contornos y difuminándose progresivamente. Con todo, la formulación necesita «alma» para que nos «resuene dentro» lo que conocemos y podamos orar con la Palabra de Dios. Lamentablemente no son muchos en la Iglesia los que pueden dedicarse larga e intensamente al estudio de la Palabra de Dios. Nos son necesarios. El Concilio los anima explícitamente (cfr. *Dei Verbum*, n. 23). Pero es más que deseable para todos un mínimo conocimiento bíblico, siquiera por medio de adecuadas introducciones a los libros sagrados y de oportunas notas explicativas al pie de página.

Hay un tercer camino, estrechamente emparentado con los anteriores. Ha sido recomendado con calor por Juan Pablo II y Benedicto XVI. El reciente Sínodo lo ha resaltado reiteradamente. Tiene una solera de muchos siglos en la Iglesia. Se ha extendido portentosamente, en formas variadas, en todos los continentes. Está considerada como la «sugerencia más práctica de la DV» (card. Kasper). Produce frutos notables de renovación eclesial. Es la «*lectio divina*» o lectura creyente y orante de la Biblia. A ella dedicamos el resto del presente apartado.

²⁹ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, n. 40.

³⁰ RODRÍGUEZ CARVALLO, Ministro General OFM, *o.c.*, p. 50.

1. La gestación y alumbramiento de la «lectio divina»

44. «La “Lectio divina” es una lectura individual o comunitaria de un pasaje más o menos extenso de la Escritura, acogida como Palabra de Dios. Se desarrolla bajo la moción del Espíritu en meditación, oración y contemplación».³¹

La Iglesia ha leído desde sus orígenes la Escritura en actitud creyente y con espíritu orante. Basta comprobar cómo las comunidades que se reunían en torno al Evangelio de Lucas acogían respetuosamente los textos bíblicos, los interpretaban, los leían a la luz de la Pascua del Señor, en comunidad presidida por los responsables, y buscaban en ellos lecciones para su vida actual.

En los primeros siglos del cristianismo, grandes Padres de la Iglesia (Orígenes, San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Agustín) ponían los cimientos de la «lectio divina» con una aproximación a la Escritura impregnada de los caracteres en que ésta habría de plasmarse más tarde en los monasterios de la Edad Media. La centralidad de la Palabra de Dios, la unidad de todas las Escrituras, su interpretación sapiencial y espiritual y su preocupación por inculturar la Biblia en el mundo greco-romano son testimonio de una auténtica lectura creyente realizada y enseñada por los Padres.³² A ellos debemos la identificación y la práctica de cuatro modelos de aproximación a la Biblia: la *literal* descubre en el texto los hechos contrastados y fija tal texto. La *alegórica* recoge las verdades salvadoras que el texto nos revela. La *moral* es sensible a las normas orientadoras de nuestra conducta contenidas en el texto. La *mística* se propone desvelar el sentido último que la Palabra comentada guarda para el destino de la humanidad. La vida monástica de la Edad Media supo recoger esta rica herencia y establecer un recorrido a través de la Palabra de Dios, cuyas etapas constituyen el nervio de la «lectio divina». Todas las nuevas formas de lectura creyente y orante de la Biblia son adaptación o complemento de la forma de acceso ideada por los monjes.

2. Las claves de la «lectio divina»³³

45. Antes de describir uno a uno los pasos de este itinerario es necesario interiorizar sus claves. Están ya presentes en la lectura realizada por las comunidades de San Lucas.

2.1. Una lectura respetuosa de los textos

Tal respeto se muestra en el interés por aproximarnos al sentido originario que tuvo en el contexto en el que fue escrito y a la experiencia originaria de la fe que suscitó en sus primeros destinatarios. Este esfuerzo evita que el texto sea manipulado, «haciéndole decir» lo que no dice.

³¹ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *o.c.*, III, C 2.

³² M. MASINI, *La lectio divina*, BAC, Madrid 2001, pp. 356-370.

³³ Cfr. S. GULJARRO, *La Biblia en el centro de la pastoral y de la vida de nuestras iglesias*, Boletín *Dei Verbum* 50, 1999, pp. 111-116.

La lectura ha de hacerse con sumo respeto. Consiste en acercarnos al texto para ver lo que dice, sin dejarnos llevar por prejuicios ni proyectar sobre él nuestra subjetividad. Hemos de abordar el texto desde el punto de vista histórico, literario y teológico. Para esta lectura nos aportan una luz inestimable los trabajos de la exégesis, cuyo objeto es comprender el significado preciso del texto en su contexto.

2.2. *Acceder al texto desde la vida y para la vida*

46. El creyente no lee la Biblia sobre todo para acrecentar su cultura bíblica, sino para entender y orientar su vida. Las Escrituras les revelan el sentido de los acontecimientos y los acontecimientos ayudan a que se nos desvele el sentido de las Escrituras. La Palabra de Dios es «de ayer y de hoy». Tuvo un mensaje para ayer y tiene un mensaje para hoy, y ambos están emparentados.

Así sucede, por ejemplo, en el relato de Emaús. La pregunta que se hacían los discípulos de la segunda generación cristiana era ésta: ¿dónde podemos encontrar hoy a Jesús Resucitado? Ellos no le habían conocido personalmente. Los seguidores comprenden a la luz del texto que, a pesar de sus desfallecimientos y sus dudas, el Resucitado no estaba ausente en el camino de su vida, sino presente en las Escrituras, en la Eucaristía, en la comunidad creyente.

2.3. *Compartir la Palabra de Dios en la comunidad orante y presidida*

47. La comunidad cristiana es el lugar natural por excelencia para escuchar la Palabra. La Escritura ha sido consignada por escrito principalmente para ser proclamada en la asamblea eclesial. Con todo, el Concilio (*Dei Verbum*, n. 25) recomienda también la lectura individual. Ella precede provechosamente a la lectura comunitaria y la complementa ulteriormente.

Hch 4,23-31 refiere que Pedro y Juan, tras su comparecencia ante el Sane-drín vuelven a la comunidad reunida y, en un clima de oración, interpretan entre todos (v. 24) las amenazas sufridas como continuidad de la persecución padecida por Jesús (v. 27-30). Pastores y pueblo están allí reunidos. El Espíritu está presente y les comunica libertad y coraje para anunciar la Palabra de Dios (v. 31).

2.4. *A la luz de la Pascua del Señor*

48. Sólo desde el encuentro con el Resucitado se comprende el sentido profundo de las Escrituras. El Espíritu Santo que las ha inspirado, las ha escrito bajo la óptica de Cristo muerto y resucitado. Cuando escuchamos la Biblia a la luz de la Pascua, «la escuchamos en el mismo Espíritu con que fue escrita».

Hch 8,26-39 refiere el encuentro del ministro etíope con el diácono Felipe. El etíope no comprende a Isaías. Es necesario que Felipe le anuncie la Buena Noticia de Jesús para que el lector desconcertado comprenda con alegría que el pasaje aludido se refiere a Él. El Misterio Pascual es la clave para comprender toda la Escritura.

3. Los pasos de la «lectio divina»

49. Antes de iniciar esta andadura saludable, es preciso que caigamos en la cuenta de que el Espíritu es el Artífice del encuentro con el Verbo de Dios en su Palabra. Tratemos de descubrirla en nuestro interior, donde tiene su casa. Orémosle en silencio o en plegaria conjunta. Es posible que nos sintamos dispersos y perseguidos por otros pensamientos, deseos, recuerdos. Antes de comenzar la «lectio», hagamos silencio exterior; él nos ayudará al silencio interior, que consiste en una distancia psíquica de lo que nos ocupa y en un deseo de entrar «en la terapia de Dios».

3.1. La lectura y relectura del texto

El primer paso es *la lectura y relectura* del texto. Ha de realizarse con toda atención y con el máximo respeto religioso. Esta lectura pretende responder a una pregunta: ¿qué es lo que quiso decir Dios a través del autor sagrado a los *primeros destinatarios* de este pasaje? Para una respuesta adecuada es preciso situar el texto en su contexto, identificar su naturaleza, preguntarnos qué nos dice acerca de Dios, de nosotros, del mundo. Si la lectura se realiza en grupo, es bueno que el monitor del mismo ofrezca una breve y sobria exposición. Es preciso, al menos, disponer de una Biblia enriquecida con las introducciones y notas pertinentes. Esta aproximación razonablemente rigurosa al texto pretende evitar aplicaciones demasiado subjetivas del texto a nuestra situación actual. De otro modo, se le haría decir a la Biblia lo que no dice. Tiene que haber una relación entre el sentido originario y el sentido actual del texto.

3.2. La meditación

El paso siguiente es la *meditación*. Consiste en rumiar sosegadamente el pasaje hasta descubrir el mensaje que encierra hoy para mí, para nosotros. La pregunta capital es ésta: ¿qué *me dice* Dios a mí, (a nosotros) en la actual situación? Se instaura una confrontación entre la Palabra de Dios y mí (nuestra) vida. Esta confrontación no es fruto de un pragmatismo acomodaticio. Si la Palabra de Dios es actual tiene que decir algo para hoy y para aquí. «El diálogo con la Sagrada Escritura va acompañado necesariamente de un diálogo con la generación presente» (Pontificia Comisión Bíblica).

3.3. La oración

La lectura y meditación así realizada conduce espontáneamente a la *oración*. «Recuerden que debe acompañar la oración a la lectura Sagrada de la Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre, porque a Él hablamos cuando oramos y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas» (*Dei Verbum*, n. 25). En la oración entra intensamente en juego «el corazón», el centro mismo del ser humano tocado por la Palabra de Dios. Son muy variados los armónicos de esta oración, según la situación de los orantes. Si la Palabra ilumina mi pecado, mi oración consistirá en pedir la gracia de la conversión y del perdón. Si clarifica mi fe, mi oración dirá: «Creo, Señor, pero aumenta mi fe». Si he descubierto la fuerza transformadora de la Palabra, mi oración se ocupará en

pedir o interceder. Si la Palabra me ha esclarecido lo que Dios ha hecho en mí, diré «gracias». Si me muestra siquiera un destello del Rostro de Dios, me brotará connaturalmente la adoración, que es «el amor que admira».

3.4. La contemplación

Cuando la oración ha ambientado nuestro espíritu, nace, en una medida u otra, *la contemplación*. Más allá de reflexiones y de súplicas, el espíritu se concentra en Dios y contempla su vida, su entorno, el mundo con la mirada de Dios. Descansamos en Dios. Nos sentimos retratados en el campesino de Ars, largas horas clavado ante el Sagrario. Cuando el cura de Ars le pregunta qué hace allí le responde: «Yo le miro y Él me mira». Aquí estamos en la atmósfera de la gracia. La contemplación es un don especial, pero muchos la han experimentado en algunos momentos. Es preciso pedirla... y prepararse a recibirla.

3.5. El compromiso

En torno a este paradigma han nacido en la Iglesia numerosas variaciones que respetan los pasos esenciales recién descritos y los completan. Uno de estos complementos es la «operatio», la acción, el *compromiso* práctico que extraemos para nuestra vida. Es pasar de la Palabra escrita a la Palabra vivida. «Fíe poco de su oración quien no salga de ella dispuesto a que algo cambie» (Sta. Teresa).

3.6. El diálogo

Otro complemento que se introduce en la lectura comunitaria es *el diálogo* de los participantes («collatio»). En él se comunican las vivencias y reflexiones suscitadas en cada uno por la Palabra compartida. No debe degenerar en altas discusiones. Son prudentes y oportunos los consejos de San Basilio: «hablar con conocimiento del tema; preguntar sin ánimo de discutir; responder sin arrogancia; no interrumpir al que habla; no intervenir por ostentación; ser moderado en el hablar y el escuchar, aprender sin avergonzarse de ello; enseñar sin buscar ningún interés; no ocultar lo que se ha aprendido de otros».³⁴

En síntesis «la lectio escucha a Dios en su Palabra; la meditatio la acoge en el corazón; la oratio dialoga con él; la contemplatio entra en la fiesta de su misterio; la operatio le ofrece el testimonio de la vida».³⁵

4. Los efectos de la «lectio divina»

50. La Biblia ha salido de las aulas y ha entrado en grupos más abiertos, en espacios más populares, más allá del ámbito académico o litúrgico. Hemos de manifestar que estamos sorprendidos por la multiplicación de los grupos que practican periódicamente la lectura creyente y orante de la Escritura en tantos

³⁴ Citado por M. MASINI, *o.c.*, p. 424.

³⁵ M. MASINI, *o.c.*, p. 443.

rincones de la Iglesia. Queremos subrayar cuatro características que percibimos en el contacto directo con estos grupos en nuestras diócesis: la relativa facilidad con que se suscitan; el gozo que les producen sus encuentros; la intensa participación y el alto nivel de perseverancia.

La fatiga, cuajada de cansancio y escepticismo, es la debilidad de muchos colaboradores de la pastoral y del compromiso cristiano. La Escritura tiene una fuerza transformadora que les devuelve ánimo vital en medio de muchos esfuerzos y escasos frutos visibles. Los grupos de lectura creyente son «espacios ecológicos» en medio de ambientes «contaminados».

No es extraño que el Concilio y los Papas posteriores hayan recalado con tal vigor esta práctica que tantos frutos produjo en el pasado, que lamentablemente se oscureció durante siglos y que tanta esperanza suscita en nuestro apretado presente. «Es necesario que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la “lectio divina”, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia».³⁶ Benedicto XVI decía recientemente: «estoy convencido de que si esta práctica se promueve eficazmente producirá en la Iglesia una nueva primavera espiritual... Jamás se debe olvidar que la Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro sendero».³⁷ Aguardamos con esperanza esta primavera en el corazón del invierno eclesial.

³⁶ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, n. 39.

³⁷ BENEDICTO XVI, Alocución a los miembros del Encuentro Internacional sobre la Sagrada Escritura (16-IX-2005).

VII.– UN MENSAJE A LA COMUNIDAD CRISTIANA Y A SUS DIFERENTES MIEMBROS

1. Un mensaje para todos

51. ¿Qué lecciones principales ha de extraer la Iglesia de su luminosa doctrina y fecunda experiencia de la Palabra de Dios? ¿Cómo activar sus recursos para que esta Palabra ocupe paso a paso el centro de la Iglesia? Con estas inquietudes se reunieron en Freising (Alemania) convocados por el Consejo de Conferencias Episcopales Europeas, un grupo de obispos y especialistas de veinte países de Europa. Comprobaron que el avance desde los días del Concilio había sido ingente en el campo de los estudios bíblicos, de la teología, de las nuevas traducciones, de la renovación bíblica dentro de la liturgia, de la catequesis, de las escuelas y cursos de formación bíblica. Pero al mismo tiempo constataron que todavía la Biblia no había llegado al centro de la Iglesia. Sugirieron en sus deliberaciones tres atinadas áreas de actuación. Hemos dedicado amplia atención a una de ellas: la «lectio divina». Vamos a detenernos brevemente en las dos restantes.

- a) El movimiento bíblico anterior y posterior al Concilio abrió el camino hacia una *pastoral bíblica* que elaboró programas ponderados y realizó un sinnúmero de trabajos. Pero dicha pastoral se concibió y vivió como una más entre las pastorales específicas, un nuevo capítulo de nuestros programas pastorales.

Aquí está su limitación congénita. La Biblia no es una rama más del árbol de la Iglesia, sino la savia que recorre su tronco y sus ramas. Es preciso impregnar bíblicamente todas y cada una de las pastorales específicas. En otras palabras: es preciso pasar de la «pastoral bíblica» a la «animación bíblica de la pastoral».

- b) La Palabra encontrará especiales dificultades si la Iglesia no forma adecuadamente a los servidores de la Palabra y no alumbró o potencia las instituciones adecuadas para impartir dicha *formación*. Tal formación debería modificar su extensión y su óptica. Ha de extenderse a todos los diversos servidores de la Palabra, no sólo a los sacerdotes y diáconos. Sin dejar de transmitir contenidos, ha de estar atenta a capacitarles para una lectura creyente y orante de la Biblia y a motivarles a que se lancen a una meditación asidua de la Palabra de Dios.

Pero el alimento de la Palabra de Dios guarda dentro de sí sabores diferentes, según nuestra situación y nuestras responsabilidades. Su misma interpretación no es enteramente única. «La interpretación [de la Escritura] debe ser necesariamente plural. Ninguna interpretación particular puede agotar el sentido del conjunto que es una sinfonía a varias voces. La interpretación de un texto debe, pues, evitar la exclusividad» (Pontificia Comisión Bíblica). Todas nuestras interpretaciones no son sino aproximaciones a una Palabra que, por ser de Dios, desborda los límites interpretativos. Siempre «dice más».

Deseamos en este apartado final recoger el mensaje especial que Jesucristo Palabra divina y humana, dirige a algunos de los grupos y comunidades de nuestras iglesias locales, especialmente vinculadas al servicio de la Palabra.

2. A los laicos

52. El servicio a la Sagrada Escritura no es patrimonio exclusivo de los cristianos implicados en el ministerio de la Palabra. Todo bautizado ha de nutrir su fe por la escucha de esta Palabra. «El Santo Concilio exhorta vigorosamente a todos los cristianos... a que se acerquen gustosamente al mismo texto sagrado» (*Dei Verbum*, n. 25). A todos los campos que conciernen a la Escritura (la investigación, el estudio, las escuelas de Biblia, los grupos de lectura creyente) tienen los laicos acceso abierto por su condición bautismal, en la medida de las posibilidades de cada uno. Participar en alguno de estos ámbitos debería entrar en el programa de compromisos de un cristiano.

Como miembros plenos de la Iglesia los laicos estáis llamados no sólo a «escuchar devotamente la Palabra de Dios» sino también a «proclamarla con valentía». Hay una doble manera común a todos los laicos agrupados en la familia, encuadrados en el trabajo, diseminados en las diferentes áreas de la vida social en la diáspora del mundo: el testimonio de una conducta coherente con el Evangelio y la confesión explícita de vuestra fe. Ni lo uno ni lo otro deja de suscitar resistencias en estos tiempos. «El pecado más frecuente en los laicos es creer sin confesar, ocultando su propia fe por respetos humanos. El pecado más frecuente en los hombres de Iglesia puede ser el de confesar sin creer al menos con la debida intensidad» (R. Cantalamesa).

Dentro del amplio mundo laical han nacido en los últimos tiempos grandes asociaciones en cuya espiritualidad ocupa la Escritura un lugar relevante. Leen e interpretan la Biblia para los creyentes de hoy. Son un medio privilegiado de acceso a la Palabra de Dios para muchos creyentes que de otra forma no la habrían conocido. En algunos casos sería muy importante que enriquecieran su lectura de la Biblia. Por un deseo laudable de descubrir lo que Dios dice a sus vidas, podrían descuidar la pregunta por el mensaje originario del texto, punto de partida necesario para preguntarse sin riesgos de arbitrariedad o subjetivismo qué dice este texto para mí y para nosotros en las presentes circunstancias. La Iglesia, al discernir el canon de las Escrituras reconoció como ejemplar y dinamizadora de la fe la experiencia creyente originaria consignada en ellas. Es por eso necesario partir de ella, aunque no quedarnos anclados en ella. «No se es fiel a la intención de los textos bíblicos sino cuando se procura encontrar en el corazón de su formulación la realidad de fe que expresan y se enlaza ésta a la experiencia creyente de nuestro mundo».³⁸

Hemos aludido más arriba a diversos movimientos y asociaciones preferentemente laicales cuyo objetivo central es promover la lectura creyente y orante de la Biblia. Querríamos ver que esta onda que está bañando y refrescando la ancha playa de la Iglesia y que felizmente riega también la costa de nuestras iglesias locales llegara igualmente a las jóvenes parejas y a los cristianos comprometidos en la construcción de la sociedad.

³⁸ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *o.c.*, 1993, p. 90.

2.1. A los catequistas y profesores de Religión

53. La etimología de vuestro nombre de catequistas es muy evocadora. Catequizar significa «hacerse eco» de algo. En nuestro caso, de la Palabra de Dios.

Los catequistas de niños y de adolescentes tenéis una misión hoy tan laboriosa como importante. Las horas –muchas veces marginales–, las condiciones de los locales, la excitación de los niños y la aparente apatía de los jóvenes ponen a prueba vuestra paciencia y, en ocasiones, vuestra fe. No siempre os es fácil *creer* de verdad en la fuerza de la Palabra de Dios. Aunque es igualmente verdad que cualquier signo de sensibilidad religiosa, cualquier gesto que indique que han sido tocados por la Palabra de Dios tienen la virtud de refrescar vuestro ánimo y gratificaros interiormente de modo inefable.

Las dificultades y gratificaciones de los catequistas de adultos son diferentes. Aunque un itinerario comprometedor y de largo recorrido no encuentra demasiado eco en muchas ocasiones, las sesiones catequéticas preparatorias o subsiguientes a los sacramentos (confirmación, matrimonio, penitencia, eucaristía), dirigidas en ocasiones a los padres de familia, ofrecen una dificultad no tan grande y una oportunidad de oro para refrescar la fe de bastantes participantes.

Los catecismos y materiales catequéticos están mucho más impregnados de Escritura que los de otros tiempos. En cambio, al parecer, el uso de la Biblia y la familiarización con la Palabra de Dios no ha llegado todavía en los catequistas al punto deseado. Así lo certifica una encuesta realizada en los países de la Europa meridional. Muchos catequistas desearíais una mayor formación bíblica que os capacitara mejor para iniciar a vuestros catequizandos a la valoración y escucha de la Escritura. Os debemos este servicio que procuraremos cumplir con esmero. De este modo sabréis conectar la Escritura con la experiencia humana y cristiana de vuestros alumnos y podréis inducirlos a la expresión confesante, celebrativa y comprometida de vuestra fe.

Los profesores de Religión en la Escuela Pública realizáis la misión recibida de vuestro Obispo en un ambiente no siempre propicio. Sois presencia de la Iglesia de Jesús en el medio escolar. Sois testigos de su Palabra, de su vida, de su Muerte y Resurrección. Os preocupa, como a nosotros, el presente y el futuro de las clases de Religión hoy especialmente cuestionado. El número decreciente de alumnos os parte el alma. Los frutos visibles e inmediatos no son muy halagüeños. Creed en lo que hacéis. Perseverad muy en sintonía con vuestros Pastores. Preparaos a conciencia. Sea la Escritura el eje y la norma de vuestra espiritualidad y de vuestra enseñanza. Que vuestros alumnos aprendan a conocerla, a valorarla y a utilizarla.

2.2. A los lectores de la Palabra en la liturgia

54. Ofrecéis generosamente un servicio, en ocasiones, abnegado. Es importante que comprendáis el sentido de la acción que realizáis en la liturgia. A través de vuestra voz resuena la voz del mismo Dios, presente en la vuestra. Estáis prestando vuestra voz a Él. No podéis ser simple vehículo de la Palabra a la que

dais cuerpo. Habéis de dejaros impregnar por ella. Escucharla previamente y dejaros interpelar por ella pertenece a vuestro oficio. Sería bien deseable que, allí donde fuera posible, el conjunto de lectores constituyera un grupo de escucha creyente de los textos que van a proclamarse el domingo siguiente.

En el ambón no realizáis una simple lectura del texto. Es una proclamación, que requiere un tono adecuado, una cierta pausa y una sobria solemnidad.

2.3. A los animadores de las celebraciones en ausencia de presbítero

55. En torno a la Palabra y a la comunión eucarística ofrecida por vosotros, se reúne cada domingo la Iglesia en múltiples lugares, a veces apartados. A través de vosotros llega también la homilía del presbítero que no puede estar presente. Es inestimable el ministerio que realizáis. La Iglesia os confía lo más grande que ha recibido: la Palabra de Dios y el Cuerpo del Señor.

El ministerio que realizáis reclama de vosotros y vosotras una especial afinidad hacia la Palabra. La cultivaréis por el estudio de la Escritura y por la participación en alguno de los grupos de la lectura creyente. Nuestras iglesias locales seguirán brindándoos la formación y la motivación necesarias.

Este mismo ministerio postula de vosotros una vida cristiana que resulte ejemplar y estimuladora para la comunidad a la que servís. En la realización de vuestro ministerio, ateneos siempre fielmente a las indicaciones que recibáis de la Iglesia. Sabéis, en fin, que la manera plena de celebrar el domingo es, para los creyentes, la participación no sólo en el Banquete, sino en el Sacrificio Eucarístico. Las celebraciones que presidís llevan en sí mismas una «nostalgia de eucaristía» que vosotros debéis alimentar explícitamente en la asamblea.

2.4. A los monitores de la lectura creyente de la Palabra

56. Sois testigos de primera mano de los efectos de conversión y renovación cristiana que los encuentros periódicos en torno a la Palabra producen en vuestro grupo y en vosotros. Tenéis experiencia de la verdad de esta frase de Pedro: «*Habéis vuelto a nacer y no de una semilla inmortal, sino de una inmortal, por medio de la Palabra de Dios viva y verdadera*» (1 P 1,23).

Vuestra misión es delicada. Por un lado, os corresponde deshacer las dificultades en las que pueden enredarse y esclarecer los puntos que les resultan más oscuros o desconcertantes. Por otro lado, debéis procurar el encuentro *directo* de los participantes con la misma Palabra de Dios. Es ella, en su desnudez, el oxígeno que regenera los tejidos de nuestro espíritu. Este doble cometido os aconseja ser sobrios en vuestras intervenciones explicativas y atajar aquellas reflexiones que se conviertan en un debate entre los miembros. No favorecen ni el contacto espontáneo con la Palabra ni la mutua comunión.

Llevad el pulso de las reuniones procurando que en el encuentro recorráis todos los pasos del itinerario. Cuidad la ambientación previa invitando a que

todos invoquen al Espíritu que vivifica la Palabra que vais a compartir. Procurad una escueta decoración del espacio. La Palabra colocada en el lugar preferente, debe ser el centro. Los demás, sin ninguna precedencia, tomamos asiento en torno a ella.

Necesitáis y pedís un especial acompañamiento en el que, al tiempo que vais recibiendo un complemento de vuestra formación bíblica, comunicáis la marcha de vuestro grupo y vais despejando, en diálogo con el Responsable y con los demás monitores, los problemas e interrogantes que se os plantean en el ejercicio de vuestra tarea.

Sería saludable para vosotros y para la marcha del grupo que cada uno se habituara a dedicar diariamente un tiempo a la «lectio divina» individual.

2.5. A los padres de familia

57. La familia creyente y dotada de vínculos sólidos es un espacio muy adecuado para que los padres os iniciéis e iniciéis a los hijos, sobre todo en ciertas edades más receptivas, a la lectura común de la Escritura. Debidamente adaptada a la estructura familiar, puede resultar un medio excelente para hacer más vivencial vuestra fe e implicaros en su transmisión y para que los hijos vivan la experiencia única de percibir «en vivo y en directo» el latido vital de la experiencia creyente de sus progenitores. ¿No debería orientarse en esta dirección la esperanzadora experiencia de la catequesis familiar-parroquial que está cobrando arraigo en nuestras iglesias?

2.6. A los creyentes de los medios de comunicación social

58. «El primer areópago del tiempo moderno es el mundo de la comunicación, que está unificando a la humanidad... La utilización de los medios de masas ha llegado a ser esencial para la evangelización y la catequesis... La Iglesia se sentiría culpable ante su Señor si no emplease esos poderosos medios... Gracias a ellos puede hablar a las masas». Es preciso para ello la capacidad para incardinar el mensaje «en la nueva cultura... con nuevos lenguajes, nuevas técnicas y nuevas actitudes psicológicas». ³⁹ Para difundir el mensaje de la Palabra de Dios, la Iglesia tiene todo el derecho de procurarse sus propios medios de comunicación social cuidando, eso sí, que toda su programación esté en coherencia con aquella y no le reste credibilidad. Pero los muchos hombres y mujeres que trabajan en medios oficiales o cívicos han de procurar análoga coherencia, por encima de las cuotas de audiencia o las directrices ideológicas marcadas por sus responsables.

La presencia de la Palabra de Dios en algunos de sus programas no es ningún privilegio abusivo. No se caracterizan en general tales medios por su generosidad en ofrecer espacios religiosos. Más bien se distinguen algunos medios públicos y privados por admitir en su programación espacios que tergiversan o ridiculizan la fe y hacen una lectura selectiva de las reales o supuestas noticias eclesiales de signo desfavorable. No pedimos tratos de favor. Reconocemos el

³⁹ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis*, 1997.

carácter cívico y plural de nuestra sociedad. Sólo pedimos el respeto que se merece la comunidad creyente. Los profesionales cristianos que, desde diferentes niveles de responsabilidad, colaboráis en ellos sois invitados por vuestros Obispos a preguntaros qué podéis hacer, sobre todo para que el humanismo coherente con el Evangelio inspire vuestros programas. Y nuestras iglesias diocesanas deberían alentar a los laicos a participar en programas de prensa, radio, TV, exponiendo, respecto de temas en los que son competentes, criterios coherentes con el Evangelio. La excesiva timidez de los creyentes facilita el que muchos espacios sean ocupados en exclusiva por personas que hacen profesión pública de increencia y, en ocasiones, muestran una actitud agresiva ante las posiciones de la Iglesia y ante la misma fe.

3. A los profesores de exégesis y teología

59. El Concilio (*Dei Verbum*, n. 24) afirma que «la Escritura debe ser como el alma de la teología», es decir, su principio inspirador y regulador. «Así se mantiene firme y recobra su juventud» (*ibid.*), en consecuencia, encarece a exegetas y teólogos a que, bajo la mirada del Magisterio, trabajéis en unión de fuerzas para investigar con métodos adecuados la Escritura y para explicarla de tal modo que contribuyáis a que se multipliquen los ministros de la Palabra capaces de ofrecer al Pueblo de Dios el alimento de la Escritura (cfr. *Dei Verbum*, n. 23).

Estas orientaciones nos ayudan a comprender mejor la importancia de vuestra misión en la renovación de la Iglesia y en la revitalización de los creyentes. Puesto que todos (también vosotros) somos discípulos antes que maestros, os invitamos calurosamente a escuchar con docilidad y con asiduidad la Palabra de Dios antes de explicarla con fidelidad en vuestras sesiones académicas y en vuestros escritos. Felizmente pasaron los tiempos en los que la Escritura era para los teólogos casi una simple cantera de la que se extraían dichos bíblicos para fundamentar afirmaciones doctrinales. Hoy ocupa un puesto mucho más central en el quehacer teológico y académico. La Escritura está en el origen, en el recorrido y en el término final de vuestra reflexión teológica. Que vuestra exposición esté siempre, como la de los grandes Padres de la Iglesia, impregnada de la Escritura.

El Concilio considera necesario vuestro trabajo «para comprender cada vez más profundamente la Escritura» (*Dei Verbum*, n. 23) y para hacer plausible su mensaje en las actuales coordenadas mentales, culturales, sociales. Seguid brindándonos cada vez con mayor esmero este servicio. Con él nos ayudaréis a evitar la escisión existente dentro de muchos cristianos entre la dimensión creyente y la mentalidad y sensibilidad compartidas en nuestro entorno, «entre el sentido cósmico y el sentido crístico» (Teilhard de Chardin). Gracias a vosotros, la escisión podrá convertirse en una saludable tensión dialéctica que sea estimuladora para la fe e interpeladora para la mentalidad predominante.

En esta delicada misión, el Magisterio que garantiza la interpretación auténtica de la Escritura y la pureza de la fe, lejos de mutilar vuestras legítimas búsquedas, está llamado a alentarlas y a reorientarlas cuando sea necesario. Vo-

sotros, con vuestras investigaciones y reflexiones, ayudáis al Magisterio a formular de manera aquilatada los contenidos de nuestra fe. El Magisterio os ofrece la garantía de la autenticidad eclesial.

4. A los religiosos

60. Los religiosos «tengan ante todo diariamente en las manos la Sagrada Escritura, a fin de adquirir por la lectura y la meditación de los sagrados libros el sublime conocimiento de Jesucristo» (*Perfectae caritatis*, n. 6). Escuchar la Palabra es un requisito necesario para adquirir experiencia de Dios, para llegar a ser comunidad, para permanecer en la fidelidad y para mantener el espíritu apostólico.⁴⁰ La escucha asidua de la Palabra nos va comunicando una especie de instinto sobrenatural, una mirada de fe sin la cual la propia vida pierde gradualmente sentido, el rostro de los hermanos se torna opaco hasta el punto de volvérsenos casi imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo, los acontecimientos de la historia se nos vuelven planos, cuando no privados de esperanza y la misión apostólica y caritativa degenera en un activismo disperso.

Tenemos especialmente ante nuestra mirada a las comunidades monásticas y contemplativas. En los monasterios cuajó la «lectio divina». En ellos se practica intensamente. Adentraos en el conocimiento de la Escritura. Dedicadle muchas de vuestras sesiones de formación permanente. Os ayudará a una lectura creyente y orante más fructuosa. Iniciad en ella a cuantos se acercan a vosotros con verdaderas inquietudes evangélicas.

Nuestra atención se centra igualmente en las Congregaciones dedicadas a la educación de la fe. Juan Pablo II (*Vita consecrata*, n. 4) orienta vuestra actividad de educadores de la fe «sobre todo a los Evangelios que son el corazón de las Escrituras» y os invita a que «promováis del modo más acorde al propio carisma escuelas de oración, de espiritualidad y de lectura orante de la Escritura».

Tenéis a muchos niños, adolescentes y jóvenes físicamente cerca de vosotros. Experimentáis con dolor y preocupación la distancia psíquica que sienten respecto a vuestras propuestas de fe y vuestra escala de valores. ¿No será la Biblia un punto de encuentro real, al menos, con algunos? Así lo cree Benedicto XVI, que les dirige estas palabras: «Siempre es muy importante leer la Biblia de un mudo muy personal... pero al mismo tiempo es muy importante leerla en compañía de las personas con quienes se camina».⁴¹ El Papa les invita asimismo a adquirir intimidad con la Biblia, a tenerla a mano para que sea... «como una brújula que indica el camino a seguir».⁴² Jóvenes que se sienten atraídos por otras culturas y que, según los expertos, se sienten tan perdidos que buscan (incluso bajo una forma de rechazo) puntos de referencia que les orienten en la

⁴⁰ Cfr. P. CHÁVEZ, Rector Mayor de los Salesianos, *o.c.*, pp. 8-20.

⁴¹ BENEDICTO XVI, Encuentro con los jóvenes romanos (6-IX-2006), en *L'Osservatore Romano*, edición española (14-IX-2006), p. 3.

⁴² BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud (22-II-2006), en *L'Osservatore Romano*, edición española (3-III-2006), p. 3.

vida, ¿se sentirán tan extraños a una lectura creyente y orante de la Escritura debidamente acompañada?

Nuestra Escuela Católica ha dado en los últimos años pasos sumamente notables a la hora de mejorar su calidad pedagógica y técnica. Estáis realizando verdaderos esfuerzos para ofrecer y transmitir la fe cristiana y cumplir así vuestra irrenunciable vocación evangelizadora. Muchas veces nos comunicáis vuestra desazón al comprobar la desproporción entre los recursos dedicados a esta misión y la modestia de los resultados obtenidos con los alumnos y sus familias. Tal vez podáis a veces sentirnos algunos tentados de rebajar la extensión y la intensidad de vuestro ofrecimiento creyente. No sucumbáis nunca a esta tentación. Mejorad el «cómo», pero no descuidéis el «qué». Sed vosotros por vuestro testimonio orante, acogedor, abnegado, anuncio de vuestra fe. Formad a los profesores laicos en la fe y en la vocación educadora. Utilizad la Biblia de manera intensiva y pedagógica. Familiarizad con ella a vuestros alumnos y alumnas y a sus padres. Orad entre ellos con la Biblia en las manos. Vosotros sois, por vuestra entrega a los niños y adolescentes y por vuestra relación con los padres uno de los puentes que la comunidad eclesial ha de cuidar. Si en algún momento ha sido necesaria la Escuela Cristiana, lo es en la época actual. Necesitáis y merecéis nuestro aprecio, nuestro apoyo cordial mucho más que nuestras observaciones críticas.

5. A los presbíteros y diáconos

61. También para vosotros el anuncio del Evangelio es gozo y cruz. Os desalienta sobre todo la apática indiferencia de muchos bautizados ante lo que para vosotros es de suma importancia, hasta el punto de haberle entregado vuestra vida. Sintonizamos con vuestras alegrías y vuestras decepciones pastorales.

Queremos confortaros con las hermosas palabras de *Pastores dabo vobis*, n. 26: «El sacerdote es, ante todo ministro de la Palabra de Dios... Por eso debe ser el primero en tener una gran familiaridad con esta Palabra... Necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante... Debe ser el primer creyente de la Palabra... y crecer en la conciencia de su permanente deber de ser evangelizado».

Os entristece que los puentes de la relación con muchas personas y áreas de la vida social sean para vosotros cada vez más estrechos y menos numerosos. A veces vivís esta preocupación con un sentimiento de culpabilidad injusto o al menos exagerado. Tenéis todavía entre vosotros núcleos de feligreses próximos y sensibles a la fe y la Palabra. Tendréis siempre con vosotros a aquellos a quienes la sociedad les da tal vez los medios necesarios, pero no les brinda generosamente su tiempo, su afecto, su compañía. Una de las tareas que Jesús nos señala en este tiempo es la proximidad humana y evangélica a tantas personas impedidas o limitadas por la edad, la enfermedad, la soledad. Estar junto a ellos incluso silenciosamente es una manera de ser testigos de «la Palabra que viene del silencio [de Dios Padre] y en silencio debe ser escuchada».⁴³

⁴³ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de luz y amor*, p. 99.

No desistáis, con todo, de tender estos puentes. No tan lejos encontraréis a los *pobres*. Ellos no os han abandonado todavía. «Los primeros que tienen derecho al anuncio del Evangelio son justamente los pobres, necesitados no sólo de pan sino también de palabras de vida... No son sólo destinatarios. Los pastores están llamados a aprender de ellos, a guiarlos en su fe y a motivarlos a ser artífices de su propia historia. Los diáconos encargados del servicio de la caridad tienen una especial responsabilidad en este ámbito. El Sínodo los alienta en su ministerio».⁴⁴

Tampoco estarán tan lejos los *inmigrantes*. Muchos han llegado a nuestra tierra con un vivo, fresco y profundo sentido de Dios y de la Religión. Corren el riesgo de que, en contacto con la frialdad religiosa de nuestra sociedad y el ánimo no muy elevado de nuestras iglesias, vean depauperarse y debilitarse su fe. Invitémosles a nuestros grupos de fe y a la vida parroquial.

Queremos, en fin, comentar con vosotros un «punto caliente» que es, al mismo tiempo, pieza muy relevante en la liturgia y una cruz para los predicadores.

Por un lado la homilía, engarzada en la Liturgia de la Palabra es un momento culminante de esta liturgia. Nos pide prepararnos en oración para decirla con convicción y con pasión. Está postulando la respuesta a tres preguntas: ¿qué dicen las lecturas proclamadas?, ¿qué me dicen a mí?, ¿qué debo decir a la comunidad en su situación concreta? Se requiere de ella que fortifique la fe, llame a la conversión y disponga para celebrar el Misterio Eucarístico.

Por otro lado, los minutos de la homilía se vuelven eternos para bastantes de los oyentes. Vienen a la Eucaristía «con sus cosas y sus asuntos». La palabra del presbítero apenas logra captar la atención y suscitar el interés de una gran parte de la audiencia. El tiempo se le vuelve corto para explicar y aplicar las lecturas. Hay personas que nos agradecen la homilía «porque les ha llegado». Son muchas más las que la han oído sin haberla escuchado.

Esto sucede, aunque en menor medida, incluso con las homilías bien preparadas y bien pronunciadas. La homilía es un arte difícil. No todo presbítero o diácono tiene el carisma de ganarse al auditorio. No siempre la palabra suena nítidamente en nuestros templos. Pero, si hemos de ser sinceros, algunos hemos de preguntarnos con honestidad cuánto tiempo hemos dedicado a su preparación, qué «tratamiento» hemos dado a los textos, cuánto hemos orado con ellos, cuánto hemos reflexionado sobre la situación de los asistentes. He aquí, frente a frente, la luz y la cruz de la homilía.

«Sin la Palabra de Dios no sois nada en la Iglesia; sin la Palabra de Dios no tenéis nada que decir a la Iglesia. Sin la Palabra de Dios, todo vuestro empeño no sirve para nada».⁴⁵

⁴⁴ Sínodo de los Obispos 2008, proposición 11^a.

⁴⁵ E. BIANCHI, *A los presbíteros*, Sígueme, Salamanca 2008, p. 28.

6. A nosotros, los obispos

62. El Concilio nos recuerda que ofrezcamos a toda la comunidad los servicios necesarios para que pueda usar los libros sagrados, especialmente el Nuevo Testamento y singularmente los Evangelios «a fin de que los hijos de la Iglesia se familiaricen sin riesgo y con provecho con las Sagradas Escrituras y se impregnen de su espíritu» (*Dei Verbum*, n. 25).

Lumen gentium, n. 21 señala que «entre las principales funciones de los obispos destaca (“eminent”) el anuncio del Evangelio». Todos los libros del Nuevo Testamento atribuyen una singular prioridad al ministerio de la Palabra.⁴⁶ Desde esta óptica podemos comprender la expresión de S. Pablo, escogido «para anunciar el Evangelio de Dios» (Rm 1,1). «Porque anunciar el Evangelio no es para mí un motivo de gloria; es una obligación que tengo y ipobre de mí si no anunciara el Evangelio!» (1 Co 9,16).

Este anuncio no es en absoluto ni para Pablo ni para nosotros pura obligación. Es un gozo anunciar a Jesús y recoger el eco del anuncio en vosotros. Pero no nos es fácil en estos tiempos y en esta tierra el anuncio del Evangelio. No somos inmunes a la indiferencia, a las interpretaciones reductivas y torcidas de que es objeto por parte de muchos, a nuestras propias imprecisiones o expresiones desafortunadas. Necesitamos un plus de libertad, de coraje y de discernimiento para decir todo y sólo aquello que debemos decir en cada momento. No podemos omitir el Evangelio de la defensa de las víctimas y de todos los que sufren injustamente. No debemos desplazar el Evangelio de la misericordia del centro de nuestro mensaje. Traicionaríamos uno de los núcleos centrales del anuncio y de la actividad de Jesús si lo margináramos o lo limitáramos sólo a los inocentes. Queremos seguir anunciando el Evangelio de la Paz, irla preparando laboriosamente, contribuir a crear las condiciones para una paz justa y estable. Hemos de anunciar el Evangelio de la Esperanza en una sociedad que tiene motivos para la decepción y en una Iglesia necesitada de un «suplemento de alma». Tenemos que anunciar la inviolabilidad de la vida humana desde su concepción hasta su muerte natural, en una sociedad insuficientemente sensible a su valor intangible. Y, sobre todo, hemos de anunciar valerosamente la Muerte y Resurrección de Jesucristo como eje y quicio de todos estos mensajes.

Como vosotros y vosotras, somos seres de carne y hueso. Sabemos que el anuncio del Evangelio está estrechamente ligado a la cruz y no somos del todo ajenos a la tentación de rehuirla descafeinando el mensaje o suavizando en exceso aquellas partes que escuecen la sensibilidad de unos o de otros. Pablo pedía a los cristianos de sus comunidades que le confortaran en su ministerio. Nosotros os pedimos insistentemente este mismo servicio.

⁴⁶ Cfr. J. DELORME, *El Ministerio y los ministerios en el NT*, Cristiandad, Madrid 1975, p. 284.

CONCLUSIÓN

63. Tenemos inmediatamente, queridos diocesanos, ante nuestros ojos la Cuaresma. La Palabra de Dios escuchada intensivamente nos dará fortaleza para soportar las adversidades y pruebas de nuestra vida con el mismo espíritu que el Señor. Ella acrecentará en nosotros una necesidad de conversión que nos conducirá al sacramento de la Penitencia celebrado según la normativa de la Iglesia. Ella hará más vivas nuestras Eucaristías cuaresmales. Inspiradas por ella, oraremos mejor, seremos más sobrios y compartiremos más generosamente.

En el mundo de la salud, el éxito de una intervención quirúrgica depende, en una medida sensible, de una preparación adecuada. De manera análoga, el efecto salvador que deje en nosotros la Semana Santa será mayor y mejor si, durante estas seis semanas, nos dejamos convocar por la Palabra de Dios, reconciliar por el sacramento del Perdón y congregar por la Eucaristía. Así el gozo pascual será más profundo y más auténtico.

Pedimos, en fin, a Jesucristo Palabra de Dios que podáis sintonizar con este precioso texto de un monje del siglo XII. «Hermanos: aprended lo que escribieron los antiguos Padres: leed la Escritura porque es luz y puerta de la vida. Que su lectura os sea grata, que os complazca su santa palabra. De ella brota una fuente que sana el corazón. Es palabra que deshace las durezas interiores. La Escritura desvela siempre al creyente los secretos celestiales. Sus santas palabras fluyen dulcemente como rocío sobre la hierba. Leyéndolas y meditándolas cada uno ve cómo se camina hacia la vida bienaventurada y cuáles son la senda de los santos y la senda del bien. Leyéndolas adquirimos sabiduría».⁴⁷

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
25 de febrero de 2009
Miércoles de Ceniza

- ✠ **Francisco**, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela
- ✠ **Ricardo**, Obispo de Bilbao
- ✠ **Juan María**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **Miguel**, Obispo de Vitoria
- ✠ **Mario**, Obispo Auxiliar de Bilbao

⁴⁷ Citado en M. MASINI, *o.c.*, p. 436.